LECCIONES PRELIMINARES

PARA EL ESTUDIO

DE LAS CIENCIAS.

POR

DON SANTIAGO VICENTE GARCIA.

Editor propietario
Eusebio Garcia Vazquez

MADRID.
IMPRENTA DE D. J. ANTONIO ORTIGOSA,
calle que fue de María Cristina, 4, bajo.

1855.

ADVERTENCIA.

Despues del estudio de los idiomas será conveniente y muy útil una instruccion preparatoria que sirva de preliminar ó introduccion al estudio de las ciencias. Me he propuesto llenar este vacío disponiendo una serie de lecciones que he coordinado con pensamientos escogidos de los mas distinguidos autores. En esta época en que tantas circunstancias llaman á la sociedad á costumbres graves y á serios destinos, y en que al parecer se comprende mejor la dignidad de la naturaleza humana, todas las personas ilustradas y virtuosas deben cooperar á realizarla, á conocer y acreditar las sanas doctrinas y á alimentar el fuego sagrado de las afecciones nobles y generosas.

LECCION PRIMERA.

NECESIDAD Y OBLIGACION DE ESTUDIAR NUESTRO ESPIRITU.

Consideraos atentamente, nos dice el Evangelio. ¡Qué ser tan grande es el hombre, esclama Tertuliano, si llega á conocerse! Nada debe cultivar el hombre mas bien que su entendimiento, que lo hace semejante á su Autor, dice Bossuet. La sabiduria de los antiguos grabó esta inscripcion en el vestíbulo del templo de Delfos: *Conócete á tí mismo.* Ninguna máxima, ningun precepto, ningun consejo se ha repetido, ni recomendado tanto.

El espíritu humano, privado de la luz de la razon, que despeja y purifica la cultura del entendimiento, es semejante á la ciudad que carece de magistrado, á la nave sin piloto, y á la tierra erial, que solo produce malezas.

Sometido el hombre á tantas necesidades y obligaciones, escitado por tantos impulsos propios y estraños, instrumento forzado ó voluntario de las contínuas influencias que ejercen sobre él los demas, y principalmente las instituciones sociales, pasaria una vida vacilante y rodeada de peligros y desastres, si no adiestra el principio que debe di-

rigirlo. Así, el primer deber, el interés principal, y la necesidad mas urgente del hombre es el estudio y cultura de su espíritu, que le revela la nobleza y elevados destinos del alma humana, y le hace conocer sus tendencias sublimes, sus verdaderos bienes, sus legítimos goces y los deberes, cuyo cumplimiento le asegura su felicidad.

El espíritu humano puede compararse á una mina inagotable de oro, de donde el trabajo y la industruia pueden sacar inmensas riquezas. Los materiales son los sentimientos que ha inspirado á nuestro espíritu el autor de la naturaleza, y las facultades con que lo ha dotado, son los instrumentos que emplea para estraer las riquezas encerradas en las minas fecundas del entendimiento y de la conciencia. Solo depende de nuestra voluntad el desenterrar, mejorar y aumentar sin medida estas riquezas. El manantial que las produce es permanente é inagotable; y aunque es preciso pedirlas y reclamarlas con instancia, nunca se niegan cuando se solicitan con perseverancia. Mas para saber preguntar á nuestro espíritu, es necesario estudiarlo y conocerlo, asegurándose de cuanto lo constituye; porque si se prescinde de algun elemento esencial, no puede darse razon de nuestra inteligencia.

En el órden de los seres que conocemos, el hombre ocupa el primer rango; porque piensa, conoce y es libre en sus deliberaciones. Su cuerpo es indudablemente una de las obras mas admirables de la Divinidad: pero el espíritu humano es su imágen. ¿Puede haber para el hombre estudio mas interesante que el que se propone conocer, cultivar y realizar esta preeminencia?

El estudio del espíritu humano tiene la ventaja

de estar menos espuesto á la influencia de las pasiones, porque sus resultados no se enlazan con nuestras necesidades, ni presenta las perspectivas de la ambicion, ni inspira las esperanzas de la codicia: lo único que hace emprenderlo es el amor apacible de la verdad.

Pero tambien presenta obstáculos el estudio del hombre intelectual, porque no hay esperiencias mas delicadas que las que hace sobre sí mismo; y es difícil ejecutar bien las observaciones que sirven de principio; es preciso arrancarse á las impresiones de los objetos esternos; sustraerse de los movimientos de la imaginacion y de las formas errantes de la memoria; ejercer un imperio absoluto sobre sí mismo, conservar una calma profunda, sostener la atencion sin apoyo de ningun signo sensible, y trasportar en cierto modo nuestro *yo* fuera de nosotros mismos para contemplarlo libremente bajo todos sus aspectos.

LECCION II.

DE LA MATERIA Y OBJETO DE ESTE ESTUDIO.

Las ciencias relativas al hombre están intimamente enlazadas por su objeto y por la naturaleza de sus principios. El centro comun es el hombre, sus fuerzas los datos, y su felicidad el término á que todos se dirigen.

Bajo dos aspectos puede contemplarse al hombre; individualmente ó en el estado social: en el primero, puede considerarse su salud, esta es la higiene; sus ideas, esta es la ciencia intelectual; sus deberes, esta es la moral religiosa. En el segundo puede examinarse el modo de facilitar á la sociedad los medios de subsistencia, esta es la economía; ó la felicidad que resulta del órden y del goce de sus derechos, esta es la política.

El hombre, ciudadano de dos mundos, uno material y otro intelectual y moral; uno visible y otro invisible, colocado en los confines de los dos, como una especie de anfibio, participa á la vez de entrambos, comunicando incesantemente con ellos, y sirviéndoles de intermedio y de vínculo. Criatura privilegiada de Dios, lleva en su frente, y mas en su corazon, la marca de este augusto origen; candidato de una existencia futura, tiene en sí mismo

el signo de su alta vocacion; ciudadano del universo, ejerce en él una especie de magistratura y aun de sacerdocio; y anillo que une el mundo físico al moral, conoce al uno por la ciencia, lo gobierna por la industria; y entra en el otro por la religion, la virtud y la libertad bien entendida.

La vida terrestre delhombre es compleja y comprende cinco medios de existencia: la primera es la vida física, ó de los sentidos, que por eso puede llamarse sensual, la que nos pone en relacion con los objetos esternos, y se compone desensaciones de placer y dolor: ocupa la infancia delindividuo y la de los pueblos, y cuando prevalece en la virilidad, todo se trastorna y degenera; pero el hombre no queda encerrado en esta esfera, porque entonces seria inferior á los animales. La segunda es la vida afectiva: á la sensibilidad física se agrega en la noble naturaleza humana otra de un órden superior, que lo separa de la meramente animal, y lo pone en relacion con sus semejantes, dotados tambien de una sensibilidad análoga, cuyo comercio forma la correspondencia ó repulsion de los corazones. Anima la adolescencia; y si reina de una manera esclusiva, escita todas las tempestades de las pasiones. El principio de esta sensibilidad es un don de la naturaleza, y su direccion depende de las circunstancias, disposiciones, juicios y hábitos de cada individuo. La tercera es la vida intelectual: aunque en virtud de la unidad que preside á nuestra constitucion interior, hay un vínculo comun entre el ejercicio del espíritu y los fenómenos de la voluntad, se consideran las facultades intelectuales como formando un sistema separado y distinto las ideas: son los guias de los sentimientos, y obran sobre ellos por

un atractivo propio, pasando al parecer del entendimiento al corazon: así vemos que los sentimientos nacen de la admiracion de lo bello y de la conviccion de lo verdadero. Esta vida suele absorber todas las otras en los sábios y en los artistas: algunas veces se hace demasiado preponderante en cierto estado de civilizacion, y se debilitan y pervierten las costumbres por la influencia del espíritu de exámen y de discusion. La 4.ª es la *vida moral*: ademas de las sensaciones, sentimientos é ideas, hay para el hombre deberes, porque reconoce una ley promulgada en el interior de su alma, la cual establece y prescribe un nuevo órden de relaciones consigo mismo y con sus semejantes. La revelacion de esta ley y el poder que ejerce, constituyen la conciencia que distingue el bien y el mal, el mérito y el demérito, y reune el doble carácter de nocion y de sentimiento. La 5.ª es la *vida religiosa*; hay para el hombre un órden de relaciones que abraza una órbita mas vasta, es como la corona de las demas, y une la existencia presente del hombre á las esperanzas de un porvenir dichoso y perdurable. La vida religiosa comprende la sumision mas completa y un respeto sin límites, debidos al poder supremo, unido á la soberana autoridad; alimenta estos sentimientos el convencimiento de nuestra debilidad y la perspectiva de nuestro destino en presencia del que es el apoyo de la una y el árbitro del otro; tributándole al mismo tiempo el amor mas augusto que puede concebirse, elevado á la mas profunda adoracion, acompañada de gratitud y de una filial confianza, que halla su legítimo é inagotable objeto en el seno de la perfeccion infinita y en la imágen del Eterno bienhechor.

En la vida sensual toma el hombre posesion de su morada terrestre; la vida afectiva y la intelectual le hacen reconocer su nueva patria; y la moral y religiosa lo aguardan para conferirle el doble derecho de ciudadano, y para hacerlo al mismo tiempo feliz, libre, útil á sí mismo y á los demás. Estos cinco modos de existencia forman la escala ascendente y natural de la perfeccion del hombre, y recorriéndola progresivamente, se hace mas grande, mas fuerte, mejor y mas dichoso, poniéndose en armonia con la naturaleza, con la sociedad, consigo mismo y con el órden del universo.

A los cinco grados de la escala ascendente corresponden otras tantas especies de bienes, que son los fines que marcan su destino á cada una de nuestras facultades. El ejercicio de los sentidos tiene por objeto esencial la conservacion y bienestar del individuo; las afecciones identifican la felicidad particular con la comun; la inteligencia tiene por fin la verdad y por tesoro la ciencia; el objeto de la moral es el deber, y su tesoro la virtud; el culto religioso pone al hombre en posesion de su porvenir, y le da un fin fuera de los límites de su existencia terrestre en su comercio con el Supremo Ser que es el principio y la fuente de todas las cosas. Ninguno de estos diversos fines es esclusivo ni aislado, porque se sirven de medio y de instrumento, haciéndose sucesivamente mas poderosos y fecundos. La unidad de este sistema se reconoce desde luego; la religion sanciona, manda y recompensa la virtud, y por ella prescribe la conservacion y felicidad individual y comun, completando las luces y su verdadero premio.

LECCION III.

DE LA PERFECTIBILIDAD DEL ESPIRITU HUMANO.

Considerando el cuadro de las facultades del alma, se reconoce desde luego la indicacion general de su impulso progresivo hácia la perfeccion, inspirado al hombre por el autor de su ser, como su gran vocacion en la tierra. Su mirada siempre adelante y su marcha progresiva anuncian las almas nobles y elevadas, cuya vida animan poderosos motivos y embellecen altas esperanzas.

Ningun animal ha sabido jamás ni aun inventar los instrumentos mecánicos mas sencillos para auxilio de sus trabajos. El gusano de seda, que hila su capullo, la aboja que construye sus alveolos y los llena de miel, y el castor que edifica sus moradas acuáticas, no lo hacen por ciencia adquirida, pues lo saben sin que nadie los haya enseñado. La misma inteligencia que ha dispuesto sus miembros, los emplea como instrumentos vivos para realizar sus maravillosas obras, que ejecutan todos los animales sin conocer la causa, los medios, ni el objeto.

La fuerza que los anima, lo hace todo en ellos por el *instinto*, cuya naturaleza se halla cubierta para nosotros con un velo impenetrable.

Pero la Providencia destinó al hombre para ser en la escena de la naturaleza el primer agente y auxiliar suyo en la conclusion de sus obras, y lo dotó al efecto con la actividad interna de la inteligencia; y con la esterior que ejerce por medio de sus órganos. Luego que el hombre principia á reflexionar seriamente sobre sí mismo, conoce la enorme distancia que hay entre sus necesidades, tendencias y sus luces, y entonces se desarrolla y pone en accion su actividad espansiva y codiciosa de bienestar, de ilustracion y de conquistas, que abraza toda la estension de los conocimientos humanos.

Los progresos de nuestro espíritu en la carrera de las ciencias dependen de tres condiciones esenciales, los hechos, los métodos y las facultades intelectuales: los hechos se multiplican y confirman con el tiempo; los métodos se perfeccionan por la reflexion, y entrambos se trasmiten á las generaciones sucesivas; pero las facultades del espíritu, este secreto admirable de nuestras operaciones; la imaginacion, madre del genio, que asocia, combina é inventa; la atencion, guia del espíritu, que lo fija, compara, analiza y aprecia todo en su justo valor; la reflexion, efecto precioso del dominio de nosotros mismos, que penetra todos los secretos de nuestra existencia interior; el desarrollo y perfeccion de estas facultades dependen principalmente de los esfuerzos individuales.

El ejercicio bien ordenado de la actividad es condicion esencial para el desarrollo de las facultades del espíritu; alimenta en el corazon del hombre

el contento y la alegria, lo dispone para emprender y lo alienta para ejecutar, redobla sus fuerzas, le enseña á medirlas y á calcular su aplicacion, y hace que el entendimiento reforme sus juicios y que el corazon modere sus deseos.

En todos los seres la perfeccion estriba en la fidelidad con que se conforman á su naturaleza y posicion; y la del hombre en dirigirse y obtener los fines correspondientes á la escala progresiva de la vida sensual, efectiva, intelectual, moral y religiosa. La verdadera perfeccion es correlativa á la situacion y destino de cada uno, y consiste en el conjunto armonioso y completo de las facultades intelectuales y morales entre sí y con las circunstancias particulares. Esta perfeccion es en cierto modo relativa, pues que en cada individuo es la conformidad con su vocacion pe uliar; y lejos de ser una prerogativa reservada á algunos, es una carrera abierta á todos, y se consigue no saliendo de su condicion y abrazándola con una apacible aquiescencia. Es necesario un largo y esforzado ejercicio para que fructifiquen los dones de la naturaleza, y para hacer los sacrificios que exige el dominio absoluto de si mismo y la elevacion de sentimientos que redime al hombre del contagio de los vicios y del atractivo de las distracciones. Una voluntad sincera é ilustrada, ejercida con firmeza y con una perseverancia incansable, puede mucho aun en los seres menos favorecidos por la fortuna.

Jóvenes, que os consagrais al estudio de las ciencias, marchad con paso firme por la senda de la sabiduria: meditad y comprended los procedimientos secretos del arte prodigioso que forma los hombres verdaderamente distinguidos, que ejecuta la gran-

de obra de la virtud y de la felicidad, y decora el mundo elevando la naturaleza humana á su dinigdad: dirigid, la vista al porvenir inmenso, que anuncian la miras de la Providencia, que promete la verdadera filosofía y asegura la religion: avergonzaos de la ociosidad y de la molicie, y haced que vuestra vida sea activa, laboriosa y fecunda, imitando á los que nos han dejado por herencia hermosos ejemplos en virtudes y preciosos trabajos. Dotados de la misma naturaleza, y llamados al mismo fin, debeir esforzaros en participar del mismo destino. Cualquiera quesea la opinion acerca de los adelantos de la razon, existe una verdad de una completa evidencia: que no se hará la reforma del entendimiento sin la de las costumbres, y la filosofía no puede pronosticar con seguridad sus destinos futuros, sino confiándolos á las manos de la religion, y colocando sus esperanzas bajo la salvaguardia de la virtud.

LECCION IV.

DE LA ESPIRITUALIDAD DEL ALMA.

Calumnia al autor de la naturaleza y degrada la dignidad del hombre, el que reduce todas sus facultades intelectuales y morales á la sensibilidad física, no reconociendo otra diferencia que la que resulta de su respectiva organizacion.

Una filosofía innoble y degenerada pretende en vano deprimir al ser que Dios colocó en el primer rango de los vivientes de este globo, concediéndole la luz de la razon y los sentimientos morales y religiosos. Es verdad que se observa en algunos animales una sagacidad admirable; pero, cualquiera que sea el poder que los dirige, no puede dudarse que es esencialmente distinto del espíritu humano.

La penetracion y el vuelo de la inteligencia, la fuerza de invencion, su perfectibilidad indefinida y su moralidad religiosa no son patrimonio del bruto, que jamás sale de su estupidez. El hombre siente y reconoce en sí mismo un rayo de luz divina,

don precioso y sublime con que el autor de todas las cosas distinguió á la mas noble de sus criaturas. Esta centella, emanada del cielo, no solo anima y gobierna el cuerpo humano, como Dios el universo, sino que con esta luz vemos y leemos en el gran libro de la naturaleza, somos testigos y admiradores de las maravillas de la creacion, y nos hacemos participantes de las verdades y conocimientos mas elevados en el órden físico, moral y religioso. La vista de la inteligencia penetra las profundidades del espacio, contempla con asombro los prodigios que contiene, y se eleva al que los ha producido.

Hay en el universo dos mundos opuestos: el de los cuerpos y el de los espíritus: el uno se ignora y el otro se conoce; aquel está sometido á leyes que no puede quebrantar; á este se le impusieron leyes cuya observancia se dejó á la eleccion de su libre albedrio. El hombre es un depósito que ha confiado á sus propios cuidados la Providencia; pero en él hay dos hombres distintos: uno pasivo y débil, porque es ignorante; y otro activo y poderoso, porque es ilustrado. Se protege y manda á sí mismo porque es el intérprete y órgano de las leyes que rigen su naturaleza, ejerciendo en su interior una especie de magistratura en que se manifiesta el delegado y ministro de Dios.

En la estensa cadena de las causas y de los efectos que contiene el globo que habitamos, el hombre es el único de los seres visibles que reune á la vez los caractéres de entrambos, formando el anillo que los enlaza. No hay verdaderas causas mas que las eficientes, porque son las que tienen en sí mismas el principio de su accion, produciendo los efec-

os por su propia energía. Estas, fuera del hombre, no existen en el órden físico. Todas las causas mecánicas no son realmente mas que efectos, porque se limitan á volver lo que han recibido ; mas el hombre es un verdadero agente; y encerrado en el santuario de su conciencia, presenta el alma á la vez el poder que manda y la accion que obedece: la voluntad se determina por su propio movimiento, y el alma se manda á sí misma. Los efectos que componen la escena inferior del universo, ocupan la region sensible; pero las causas están colocadas en la superior é invisible, porque no las hay verdaderamente sino en el imperio de las voluntades inteligentes.

En el hombre todo proviene y se refiere á un foco comun, fundamento de su individualidad, y este principio activo y simple es lo que se llama espiritualidad ó simplicidad del alma humana. La unidad del *yo* se reconoce la misma en las impresiones que recibe, en todas sus operaciones, en el dominio de los sentidos, de las afecciones, de las ideas, en lo presente, en lo pasado y en el porvenir, á que tambien se estiende. Sin este centro de unidad no es posible que se ejecuten, ni aun conciban, tantos actos diferentes y simultáneos como ejecuta al mismo tiempo el espíritu, y sus variadas modificaciones estarian dispersas sin vínculo, ni relaciones entre sí. La nocion de la unidad la forma el hombre por el testimonio de su conciencia, y basta conocer la divisibilidad de la materia, para convencerse de que no puede pensar.

LECCION V.

DE LA INMORTALIDAD DEL ALMA.

Este dogma sublime, apoyo de la moral, freno de las pasiones, espanto del crímen, esperanza y consuelo de la virtud, no es solo una verdad para el entendimiento, sino una necesidad del corazon; y, á no ser un convencimiento íntimo de la razon, y una creencia religiosa, la hubiera inventado la desgracia. ¿Dónde se refugiaria el hombre virtuoso, y cuál seria el asilo de la inocencia y la esperanza de los perseguidos de la tierra, sin la inmortalidad del alma y sin la confianza de la justicia Suprema? La filosofía seria indigna de este nombre si no emplea ra todos sus medios para demostrar la evidencia de esta verdad fundamental.

La creencia de un porvenir despues de la muerte, prescindiendo de la revelacion, se funda indudablemente en poderosas indicaciones, sacadas del curso ordinario de la naturaleza. Nada perece en los elementos que la componen..... La razon y el análisis hacen ver igualmente, que el principio de la individualidad en el ser inteligente y libre es necesariamente uno, y no puede disolverse, porque es elemental. Pero estas inducciones dejarian aun cubiertos con espeso velo los destinos de tan interesante porvenir, si las verdades morales no revelasen en el Dispensador Supremo un juez equitativo, y al mismo tiempo un mérito y un demérito en las acciones humanas. La virtud es por sí misma

una cosa real, y digna de elevado premio, para que deban aplicársele las consecuencias deducidas de la nocion de una justicia infinita y de la idea de un juez supremo, asociadas á la del Soberano Remunerador. La virtud es como el peristilo de un gran porvenir, y un testigo que nos declara la inmortalidad. El presentimiento de un mundo mejor se aumenta á medida que el hombre se perfecciona, porque reconoce su verdadero destino, y el desenlace que esplica y satisface á su peregrinacion terrestre. ¿Qué seria el hombre desheredado de la inmortalidad? ¿Qué otra cosa es la vida humana mas que un vasto deseo y una gran espectativa? La naturaleza moral se presenta como un preludio y una magnífica promesa, é invoca y proclama con voz unánime esta última revelacion del hombre con su Autor, del presente con el porvenir, que es lo que únicamente da la solucion de todos los problemas de la existencia.

El impulso secreto é insaciable de nuestra alma, dirigido de contínuo á la mayor perfeccion, los suspiros que buscan constantemente un órden superior, las miradas al cielo que aguardan el cumplimiento de un gran misterio, la tendencia á elevarse siempre, la innata curiosidad de saber, la inquietud perpétua de nuestro ser, los votos que invocan todo lo que puede realzarnos, la dignidad del hombre, la esperanza de otra cosa mejor y mas perfecta, la facultad de amar, que solo hallaria seres imperfectos y pasajeros, y el sentimiento íntimo de la conciencia, todo nos atestigua y demuestra que nuestra alma no está formada para conservar siempre su envoltura terrestre, y que somos neófitos de otra vida mejor.

6.ª

LECCION [illegible]. (1)

DEL ESTUDIO.

El estudio es el alma de la sabiduría, el gran maestro del hombre, el que preside á las creaciones del genio, el único que le enseña verdaderamente la ciencia, el que guia con seguridad sus aplicaciones, ilustrándolo con la luz de la teoría, el que lo pone en posesion de todas sus facultades, y lo eleva á la dignidad de su naturaleza.

Este arte consiste en desarrollar el caos en que se hallan confundidas las ideas para distinguirlas y coordinarlas, dándose cuenta del objeto para observarlo á fin de reconocer los pensamientos primordiales y los gérmenes que contienen. De este modo se determinan las filiaciones, se asigna á cada una su correlacion y su rango, conduciendo á la unidad las nociones que nadan dispersas en la superficie del alma, asignándoles el lugar correspondiente, é ilustrando unas por otras para deducir útiles consecuencias. Será fecundo el estudio, si está bien resumido y convierte sus observaciones en resultados simples, que puedan fijarse en el espíritu y pasar al dominio de la aplicacion.

(1) Desde esta leccion hasta la XVII inclusive deben colocarse entre la V y VI que por equivocacion no se han publicado por su órden respectivo.

En las ciencias y en las artes elabora los hechos elementales que suministra la observacion, y en el trabajo de la perfeccion moral esplora el interior del hombre para recoger los primeros datos que le revelan las leyes del deber, y lo inician en el conocimiento de sí mismo, escitando al mismo tiempo los sentimientos que deben asociarse ó se derivan de los buenos principios. Se engaña el inesperto que se presenta en las puertas del templo con la presuntuosa confianza de ser admitido desde luego: son necesarios ensayos penosos y preparaciones, porque este ejercicio no se obtiene cuando se desea, y solo se adquiere por medio de un largo noviciado.

El hábito de las meditaciones escritas es un ejercicio eminentemente filosófico, porque tiene un grande ímperio sobre nuestra facultades, y conduce á disponer libremente del pensamiento. Escribiendo se fija el espíritu en los términos que representan las ideas, y sirviendo de límites, impiden que la atencion se estravie, y como testigos adviertan el desórden de los pensamientos. Teniendo á la vista las clasificaciones, divisiones y subdivisiones adoptadas, se reconocerá si se han hecho análisis completos, los vacios que deben llenarse, y cuándo es preciso retroceder y reformar los procedimientos anteriores. La escritura es á la vez un ejercicio de análisis y de combinacion, facilita el desarrollo del espíritu filosófico, porque asocia observaciones aisladas, forma cuadros regulares y nuevos, les da mayor brillo y apoyos mas sólidos, contribuyendo tambien para reparar los vicios del lenguaje. Para juzgar bien el pensamiento, es menester verlo en imágenes permanentes. Por esto los que tienen la

ciencia es un auxiliar poderoso de las resoluciones de la voluntad.

Es muy importante y, por desgracia muy difícil, conservar una justa correspondencia entre la energía de la voluntad y la estension de las luces: si la voluntad rompe el equilibrio, careciendo de regulador, produce el desórden de una fuerza ciega y precipitada; y cuando lo alteran las luces, se pierde el espíritu en estériles contemplaciones ó se desespera á la vista de un objeto que no puede alcanzar.

Nada es tan delicado como las relaciones que existen entre el juicio y la voluntad, pues con frecuencia se escapan á nuestra vigilancia, engañan las intenciones, y, creyendo seguir al uno, nos dejamos conducir por la otra, de modo que en definitiva creemos lo que se quiere creer, El arte de la sabiduría consiste en hacer á las luces auxiliares de la voluntad, y convertirlas en fuerzas reales.

Cuando los dones del espíritu no están acompañados de las cualidades del corazon, y en vez de emplearse el talento en demostrar la verdad y persuadir la observancia del deber, se le prostituye al servicio de las pasiones, este fatal divorcio, contrario á nuestra naturaleza y destino, presenta el doloroso espectáculo de los talentos que se envilecen, desmintiendo su mision, falseando sus convicciones y sentimientos, humillándose por adulacion, vendiéndose á los intereses de partido, y empleando contra la verdad, la justicia y la humanidad las armas que habian recibido para defender su causa. Las intenciones venales dan discípulos dignos de ellas á las ciencias y las artes, sustituyendo cálculos de personalidad á un culto desinteresado,

9.ª LECCION

APLICACION.

El hombre no ha sido arrojado á la tierra para vegetar en una vida ociosa y estéril, sino para fecundizar y producir. Esta es una vocacion natural, y con esta condicion le concedió la Providencia el imperio de la tierra, preparándolo para cumplir acá abajo su destino. Y no es solo condicion indispensable para asegurar la subsistencia, sino tambien el cumplimiento de una ley, impuesta al hombre por Dios, un privilegio que da un verdadero precio á la existencia, y una obligacion con la sociedad; siendo al mismo tiempo un título de independencia, un poder y un medio de bienestar, una fuente de goces, un honor, y por lo mismo un resorte eficaz para los adelantos científicos.

Aplicando el espíritu toda su energía, lleva al mayor grado su atencion y actividad, y no le permite adormecerse ó estraviarse en estériles divagaciones: contrayéndose al objeto de su estudio, aprisiona los vagos deseos, cuya impetuosidad desordenada no puede prevenir la razon, y por este medio contribuye para conservar la calma, la moderacion, el equilibrio de las facultades y la salud del alma.

Todos necesitan de una ocupacion fija y regular que impida el desórden de las acciones, que su-

traiga del peso del tedio y precava de la vagancia de las inclinaciones, del embotamiento, estravio y destruccion de las fuerzas. La aplicacion es una escuela de sobriedad y de templanza, apaga las tempestades del corazon, disipa las ilusiones, aleja los desvarios, conduce al espectáculo de las realidades, cultiva de continuo la atencion, hace contraer hábitos de precision y de método, y obliga á entrar en los procedimientos de órden y de consecuencia tan importantes para el estudio y para el conjunto de la vida.

Estando condenados á ganar la subsistencia con el sudor de nuestra frente, es menester que trabaje el espíritu para nutrirse con la verdad. Este alimento es tan delicioso y da al alma tanto ardor cuando lo ha gustado, que aunque se canse de buscarla, jamás dejará de desearla, ni de repetir sus investigaciones.

10.ª

LECCION [illegible].

LA CALMA.

Bajo su apacible influencia todas las facultades del espíritu se ejercen con mas vigor y facilidad; se derrama la claridad en la inteligencia; se distinguen las ideas, y se clasifican sin esfuerzo; se penetra sin obstáculo en el interior; se pregunta uno á sí mismo, y se responde sin distraerse; se dá cuenta de lo que se piensa y de lo que se siente, y se sabe mejor lo que se quiere. Concediendo fácil acceso á la reflexion, le permite recoger y contemplar detenidamente las emanaciones de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello, para analizarlas, saborearlas y convertirlas en su propia sustancia, y detenerse el tiempo preciso en un punto de vista para examinar todo lo que contiene. La tranquilidad interior exige el recogimiento, que no consiste tan solo en aislarse de distracciones esteriores, sino en reunir todas las fuerzas del alma para emplearlas como soberana en el santuario del pensamiento. Es un estado apacible y activo á la vez, que requiere no fatigar el espíritu con desmedidos esfuerzos, escitando las ideas y los sentimientos natural y espontáneamen- te, porque el arte de dirigir el espíritu estriba en su

ejercicio oportuno y tranquilo. Cuando en momentos de un apacible recogimiento descubrimos y gustamos los tesoros de la inteligencia, siguiendo las huellas del genio y recogiendo sus lecciones, nuevos conceptos y verdades desconocidas cautivan nuestro espíritu: entónces vivimos alejados del teatro agitado por el soplo de las pasiones ó resecado por la codicia personal; y penetrados de la profunda y agradable conviccion que produce lo verdadero, y de las emociones que escita lo bello, un secreto poder nos hace sentir lo que es honesto, justo, laudable y conforme á los votos de la virtud.

11ª

LECCION III.

PERSEVERANCIA.

La inspiracion anuncia el talento, y la constancia produce la habilidad, que consigue el objeto que se propone.

El mundo abunda en personas que han concebido, ensayado y emprendido grandes y bellas cosas; y no habrá quizá alguno que haya dejado de formar al principio de la vida proyectos halagüeños, que se prometia realizar.

Sin embargo todos estos gérmenes, antes de su madurez, fuaron arrebatados v disipados por el vieato, y solo vemos proyectos abortados y obras incoherentes ó imcompletas. A muchos les faltaria talento, conocimientas, medios de ejecucion ó circunstancias favorables; pero los mas no tuvieron el espíritu de consecuencia y perseverancia para ejecutar el plan y conducirlo á su fin.

La perseverancia consiste en la energía del alma, que es el poder habitual de una voluntad fuerte, que se decide y obra segun exige la importancia de los motivos. En cierto modo preside al gran taller interior del espíritu, en que se mueven todas nuestras fuerzas, regularizando su accion y su medida, é impidiendo que se disipen á la aventura.

Marchando por el mismo camino con paso lento y bien calculado, hace y repite ensayos. conserva sus resultados, facilita, perfecciona y consolida, allana los obstáculos, contrae hábitos, adquiere esperiencia, hace mas familiar el empleo de los medios, designa mejor las relaciones de los detalles con el conjunto, obtiene mas seguridad y enlaza mas estrechamente las operaciones. Aunque la uniformidad de accion es difícil y fatigosa por el ejercicio esforzado de la perseverancia, logra el espíritu sostenerse y contenerse en el curso de sus investigaciones, evitando la precipitacion que solo produce estravios y esterilidad. Los únicos que continúan y terminan bien una obra son los que han aprendido á ejercer el dominio de si mismos. Como la perseverancia hace á la atencion mas penetrante, aumenta por grados la luz y la libertad; y atravesando las zonas de la incertidumbre y de la duda, llega á la esfera luminosa y apacible en que aguardan al espíritu los frutos del estudio con todos sus gaces.

12ª

LECCION

ESPÍRITU DE ÓRDEN.

La nocion del órden es privilegio esclusivo de la inteligencia, que sola lo crea, imagina y percibe. Con efecto, manifiesta su accion y atestigua su presencia; como instrumento sirve para todas las operaciones del espíritu, y como causa pone en ejercicio todas sus facultades.

Cuando se abandonan las cosas á sí mismas, se mueven por impulsos divergentes, y sus estrañas combinaciones producen lo que llaman casualidad, segun sucede en nuestras ideas, sentimientos y resoluciones, cuando no se dominan para someterlas al imperio de la razon, que es la reguladora de las operaciones de nuestro espíritu.

El órden que existe fuera, penetra dentro de nosotros por una secreta simpatia, y hace que obremos con mas desembarazo y acierto, sirviendo de apoyo á la memoria, de inspiracion á la fantasia, y de antorcha al juicio: es un principio de energia y de calma para la voluntad, y en la accion produce facilidad y firmeza.

El espíritu de órden designa anticipadamente el plan, calcula las ventajas, determina las condicio-

nes, prevee las dificultades y marca las condiciones propicias. Instituye los métodos preliminares, que preparan los de ejecucion; y, como los elementos se ofrecen al espíritu en mezclas heterogéneas, los estrae, compara y clasifica; los pone á nuestra disposicion y suministra el medio de juzgar la conveniencia y el lugar que debe asignarse á cado una.

Crea los métodos de ejecucion, ajusta las partes entre sí, arregla el encadenamiento de las operaciones sucesivas de modo que cada cual se aproveche de las anteriores y preludie las siguientes, economizando los esfuerzos y el tiempo, previniendo la laxitud y el disgusto, y animando al mismo tiempo por la armonía que establece en los procedimientos y la oportunidad de la ejecucion.

El órden lleva la sencillez en la multitud y la luz en la estension; y al paso que constituye la belleza de una obra, afianza su utilidad y solidez, porque determina las relaciones de las partes entre sí y las del conjunto con su destino: es el privilegio de la libertad interior, la espresion de una autoridad ilustrada y el genio de la razon, que domina todas las facultades del espíritu humano.

13.a

LECCION [illegible].

DEL REGIMEN DE VIDA.

Por una meditacion preliminar debemos abrazar el conjunto de nuestra vocacion á fin de poner en acuerdo todas las partes del plan general de la vida que, para ser racional, es preciso concebirlo y coordinarlo solo con realidades.

En las condiciones de la vida humana hay una parte necesaria y otra electiva. Cuando se confunden, se consume el hombre en una penosa y desgraciada agitacion, irritándose en vano contra necesidades caprichosas, que ha contraido voluntariamente ó aceptado por culpable indolencia.

En las condiciones de necesidad se comprenden todas las circunstancias que dependen del nacimiento, de la complexion, del pais en que vivimos, de sus leyes, usos y costumbres, de la posicion individual, de las relaciones de familia, de los límites naturales fijados á las facultades de cada uno, de las ocasiones y direccion de su desarrollo, del carácter, de la educacion y de la influencia de los alrededores. Reconociendo las condiciones invariables de nuestra situacion, aprenderemos á fijar á

nuestros votos los límites á que debemos circunscribirnos para no consumir las fuerzas en una lucha inútil, procurando atenuar las desventajas que no puedan impedirse, y lo que se puede contener, modificar y favorecer en sus efectos.

En las condiciones de eleccion se comprenden el estado, la profesion, las relaciones habituales, las conexiones íntimas, el empleo y la distribucion del tiempo, los gastos, el sistema de vida, las lecturas, las conversaciones, etc. Examinando esta clase de circunstancias, descartaremos las que nuestra imprevision ó debilidad haya convertido en necesidades facticias, que forman nuevas cadenas; apreciaremos mejor lo que nos conviene, empleándolo en nuestros adelantos, y asegurándonos de lo que depende de nosotros, señalaremos á nuestras esperanzas el recinto en que debemos ejercer nuestra prudencia y valor.

Pero los hábitos virtuosos influyen poderosa y eficazmente en el buen régimen de la vida: como preciosos auxiliares de la razon, disipan las nubes, aseguran los pasos, rectifican las direcciones y aplican útiles preservativos contra las pasiones y los malos ejemplos. Rehabilitando el talento en su legítima dignidad, le dan los títulos de su parentesco con la virtud, y son los únicos que lo alimentan y lo honran.

LECCION XIV

MAXIMAS.

Interesa mucho, y aun es necesario formarse desde luego un compendio de máximas fijas y razonadas para establecer nuestras opiniones, rectificar nuestras inclinaciones y sentimientos, y dirigir nuestra marcha en el escabroso y resbaladizo camino de la vida.

Las máximas fundamentales gozan del privilegio de ser luminosas y elocuentes por sí mismas, porque participan de la evidencia de los axiomas, sin necesidad de argumentacion lógica, ni de artificios oratorios: asi, cuanta mas sencillez conservan en su espresion, escitan mas profundo convencimiento.

Necesitamos buscar en el cielo un apoyo de proteccion y de esperanza para nuestra debilidad: asi, el verdadero tesoro del hombre, es su confianza en Dios.

La conciencia del hombre no es un juez ilustrado y equitativo, sino en cuanto nos represénta al Supremo Legislador, de quien es el ministro y el órgano.

Hacer bien es adorar á Dios; obedecer á lo jus-

to y amar lo bueno, es amarse verdaderamente á sí mismo.

Debemos tener siempre presente, y no quebrantar jamás la regla de oro, que nos ordena hacer á los demás, lo que deseamos hagan con nosotros.

La serenidad, que derrama en el alma una conciencia pura, dispone naturalmente á la benevolencia, y nada impide tanto que seamos buenos con los demas como el estar mal con nosotros mismos.

Es un grande acto de prudencia reconocer y sufrir la lentitud inevitable de la marcha de los sucesos y el peso de nuestras imperfecciones.

La resignacion nos presenta una carrera de méritos: podemos aceptar como un holocausto al deber las privaciones y padecimientos que nos han tocado sin nuestra eleccion, porque estamos obligados á someternos á la voluntad de la Providencia, y á los sucesos anejos á nuestro destino.

La verdadera fuerza del hombre es sufrir; su mayor gloria perdonar.

La moderacion es un secreto de la vida y de la felicidad: debemos usar sin abusar, y no hacer nada demasiado.

La fuerza debe tener por guia la razon, y por objeto la justicia.

Debemos manejarnos con la fortuna lo mismo que con la salud, gozar de ella cuando es favorable; tener paciencia si es adversa; y no hacer nunca grandes esfuerzos, sino en caso de necesidad.

La vida humana es una ciencia de cálculos: el que las forma con exactitud es el mas sabio.

La decencia, el agrado y la conformidad de los

modales con el carácter propio, son tan esenciales, que, menospreciados, se oscurecen las virtudes, y se realizan los defectos del que carece de aquellas cualidades.

El no fiarse de nadie, ó no creer á ninguno, podrá ser una máxima de prudencia ó mas bien de seguridad; pero no es un procedimiento generoso: el mejor modo de conducirse con los demas no es ocultar lo que hacemos ó decimos, sino no hacer ni decir nada que deba ocultarse.

En el trato social, y sobre todo en contestaciones delicadas, es necesario escuchar con paciencia y responder con peso y medida.

Piensa mucho lo que dices, al que lo dices, y de quién lo dices.

Los modos deciden casi siempre los resultados de las cosas, mas bien que las cosas mismas, y son de tanta influencia, que por los modos se juzgan las medidas mas importantes.

Obrar sin motivos es necedad, y contra los motivos locura.

La debilidad esplica todos los errores y todos los desórdenes.

La confesion de una falta contiene ya la promesa implícita de su enmienda; y cuando se ha confesado sin disfraz, está casi corregida.

No se forma la nocion completa de lo justo, sino colocándose por el pensamiento en lugar de otro para ver y sentir como lo haria él mismo.

El que tiene un libro, y no se corrige por sus consejos, es semejante al enfermo que tiene en la manga el remedio y no se lo aplica.

Las cuerdas de un instrumento no suenan cuando no están bastante tirantes, y se rompen si lo

están demasiado: del mismo modo, por una escesiva indulgencia se relaja la mas severa disciplina, se abandona el cumplimiento de los deberes, y se pervierten las costumbres; y el rigor desmedido es insoportable á la naturaleza humana: la justa medida es lo mejor en todo. Huyamos del rigorismo que impone á nuestra debilidad un peso que la abruma; pero evitemos al mismo tiempo la blanda ó pusilánime indulgencia, y la condescendiente flexibilidad que pretende acomodar las verdades y los deberes á la corrupcion de los hombres.

El timon de una nave es mas peligroso que útil en manos de piloto imprudente, y lo mismo sucede con el hombre; el espíritu es el timon, y la prudencia el piloto: cuando el espíritu no está dirigido por la prudencia, á cada paso comete una falta ó un estravio. Si examinamos nuestras resoluciones y conducta, reconoceremos que todos los desaciertos provienen de que la prudencia no ha aconsejado á nuestro espíritu, ó de que este ha menospreciados sus amonestaciones.

La dura necesidad es para los que dan culto á la virtud un decreto de la Providencia; considerada así, no tiene un carácter tiránico, y produce sumision en vez de despecho.

El buen sentido es el amigo y el guardian de la virtud.

El egoismo es el disolvente mas activo; el amor, al contrario, es el principio mas poderoso de union y de amalgama.

El hombre vano y frívolo cree ser dueño de sí mismo, y es esclavo de sus inclinaciones y caprichos.

El reconocimiento de nuestra debilidad sirve pa-

ra que corrijamos nuestra presuncion y seamos prudentes.

El desórden de los sentidos y de las ideas produce en el alma una profunda oscuridad: y viendo solamente lo que nos agrada, nos creamos ficciones halagüeñas, y acabamos teniendo por realidades nuestras propias ilusiones.

Son bien conocidos los límites de las necesidades naturales: contempla al pobre que mendiga por las calles, mas contento y alegre que tu; ponte en su lugar, y amolda tu alma á la suya.

La conducta mas sagaz es la irreprensible.

Nuestro espíritu es concentrable en sí mismo, y así puede hacerse compañía, preguntarse y responderse.

La primera necesidad del hombre es ser amado, este es el sentimiento mas grato para su alma, mas lisonjero para su amor propio y el mas útil para sus necesidades, deseos y esparanzas.

El que siembre semillas de odio, no espere fruta de paz.

El espíritu vivo debe ser exacto como el movimiento de reloj, cuya perfeccion consiste, no en la rapidez, sino en la regularidad.

La razon hace al filósofo, y la gloria al héroe; pero tan solo la virtud hace al hombre sabio.

La verdad no produce tantos bienes en el mundo, como males sus apariencias.

El interés habla toda clase de lenguas, y hace toda clase de papeles, hasta el de generoso.

El término de la habilidad es gobernar sin la fuerza.

La ley soberana de la naturaleza es la subordinacion y la dependencia.

La ciencia es un tesoro mas precioso que las riquezas; y así mas vale ser pobre que ignorante.

El hombre dichoso no es el que tiene lo que desea, sino el que desea lo que no tiene.

La prudencia es la virtud de los que gobiernan, y la docilidad la de los que son dirigidos.

LECCION XV.

LA URBANIDAD.

Difficile est dictu quantopere conciliet animos hominum comitar, affabilitasque sermonis (Cicer.)

Es difícil espresar cuanto atrae los corazones la sociabilidad de los hombres y la afabilidad del lenguaje.

Urbanitas est sermo præseferens in verbis, et sono, et usu proprium quemdam gustum urbis, et sumptan ex conversatione doctorum tacitam eruditionem, cui contraria est rusticitas... Meo quidem juditio illa est urbanitas, in qua nihil absonum, nihil agreste, nihil incon ditum, nihil peregrinum, neque sensu, neque verbis, neque ore, gesture possit deprehendi, ut ille dolens Athenarum proprium saporem. (Quint.)

La urbanidad, contraria de la rusticidad, es el modo de espresarse y de conducirse con el gusto propio de la córte, y con cierta instruccion adquirida en el trato de personas cultas... Segun mi opinion en la urbanidad nada debe haber mal parecido, ni disonante, ni grosero, ni descompuesto, ni estraño, ni reprensible en el ademan, en el tono, en las palabras, en el sentido y en las maneras de hablar, á semejanza del aticismo de los griegos, que daba á conocer la delicadeza de Aténas.

Roma se llamó Urbs, la ciudad por escelencia; y de aqui se diriva la palabra urbanidad, para espresar el estilo y las maneras propias de los ciudada-

nos cultos. Nuestras voces *cortesía y cortesanía* corresponden á la *urbanidad romana y al alticismo de los griegos.*—No la constituyen solo la instruccion y la virtud, sino la reunion de todo lo que da mayor facilidad y finura al talento, y mas amabilidad y delicadeza á los modales. Es una especie de presentimiento instintivo de los efectos que han de producir en los demas nuestras palabras y acciones; una disposicion habitual para sufrir sin ofensa ni disgusto las libertades y confianzas permitidas en el trato civil; el trato delicado de dos resortes del corazon humano; la prudente y generosa tolerancia de los errores, flaquezas é impertinencias de los demas, y un lenguaje afable, decoroso y oportuno, acomodado á los miramientos debidos á cada persona, segun su estado, rango y circunstancias.

La primera necesidad del corazon del hombre es ser amado: no hay sentimiento que le sea mas grato, ni que obligue mas poderosamente su correspondencia. Así el deber mas esencial de la cortesía es una benevolencia universal, espresada en todas nuestras palabras y acciones. El esmero de agradar que procede de benevolencia, es un arte mágico que conquista todas las voluntades.

Cuando la dulzura y la viveza se asocian á la benevolencia, la hacen mas activa, interesante y agradable. La dulzura es la espresion y el atractivo de las almas sensibles, y la viveza el fuego que las electriza. Pierden su mérito, si están separadas: la dulzura sin la viveza es languidez, y la viveza no estando templada por la dulzura, es aturdimiento. La viveza inspira interés, y la dulzura lo perpetúa. El semblante debe tener la espresion apacible y risue-

ña de la dulzura, y la animacion alegre y gracios de la viveza. Entiendo por alegria no lo que escit á reir, sino cierto aire agradable que se dá tambien á las cosas sérias.

La verdadera benevolencia es inseparable de la bondad, porque es hija suya. Toda ciencia es dañosa al que no tiene la ciencia de la bondad, dice Montaigne. La bondad es el culto y la práctica de la virtud, acompañada de benevolencia hácia los demas hombres. Sin esperiencia ni estudio lo sentimos todos, y su influjo benéfico produce un encanto interior que anuncia su poder propicio y tutelar. Los débiles saben apreciar su valor, y los que mas necesitan de su apoyo; los desnaturalizados son los únicos que desconocen su imperio y sus goces. La bondad es una virtud doméstica, constante y universal, que se da principalmente á conocer en las relaciones privadas y habituales de la vida. Como mensagera de la Providencia, restablece el equilibrio que rompen los crueles juegos de la suerte. Obra sin arrebatos ni acepcion de personas: prefiere siempre á los que sufren ó necesitan de apoyo, y se coloca entre el opresor y la victima para protegerla. La justicia da á la sociedad una paz incompleta, porque solamente contiene los brazos que amenazan dañarla; pero la bondad estingue las enemistades en su principio, une á los hombres, los convida á auxiliarse, y difunde á su alrededor su paz candorosa y su fuerza atractiva. La justicia humana castiga; la bondad de la virtud compadece, reconcilia y presenta conquistas á la humanidad.

No se limita á socorrer á la indigencia; tiene tambien bálsamos para todas las penas de

alma. Hace mas que consolar; da fuerza para sufrir con valor; resucita á los seres abatidos, y les presta el mayor de los beneficios, inspirándoles el amor á la virtud. La bondad busca á los necesitados; jamás quita y siempre dá, pero sabe negar cuando conviene, y no teme desagradar. En ciertos casos tiene gravedad y circunspeccion, y algunas veces formas severas y aun bruscas, arrostrando las resistencias para hacer bien. Evita la ostentacion, es muy parca en demostraciones y tan modesta, que se complace en ser ignorada. No es mercenaria ni interesada, y puede llamarse una generosidad usual y práctica. Su influencia inspira respeto y confianza, calma las borrascas de las pasiones y cura las heridas profundas. No se desdeña penetrar en la atmósfera impura del crimen, y descender á los calabozos en que la sociedad ha desterrado á los que rechazó de su seno. En medio de estos seres degenerados aparece como un ángel de consuelo y de esperanza, prometiéndoles el perdon que los hombres les niegan y enseñándoles á sacar del castigo un medio de expiacion y de reforma. La bondad acepta el reconocimiento como una correspondencia afectuosa, mas no en el concepto de sactisfaccion de una deuda, porque esta retribucion obligada la privaria de su mérito y de sus goces: si llega á admitir algun servicio, sacrifica su propia elevacion para complacer á otro. La naturaleza inspira al hombre el deseo de ser bueno con sus semejantes, y todos seguirian espontáneamente esta invitacion que contrarian las pasiones, las exigencias del amor propio y las funestas influencias del trato social. La tolerancia, la indulgencia, la condescendencia y la de-

icadeza son compañeras de la bondad; como emanaciones de este principio vital.

La tolerancia es la paciencia en soportar lo que choca con nuestras inclinaciones, hábitos, opiniones ó gustos, y procede de los sentimientos de equidad, deferencia y respeto que debemos á los derechos é independencia de la razon de nuestros semejantes. La conciencia del propio convencimiento nos conduce á respetar el de los demas. Todos desean, invocan y elogian esta favorable disposicion, y muy pocos los que lo emplean en su conducta. Se aprueba lo bueno y se tolera lo malo: la tolerancia es efecto de paciencia y no de asentimiento: no pudiendo evitarse los males, se toleran los mas pequeños para precaver otros mayores. La tolerancia, consecuencia necesaria del amor al prójimo, que es el alma del cristianismo, concilia todos los deberes, enseñándonos á vivir con los demas, sin imitar sus malos ejemplos. No consiste la tolerancia en una total indiferencia con respecto á la verdad y al error, sino en no estender á las personas el juicio que hayamos formado de sus opiniones, conservándoles nuestro aprecio, si las han adoptado de buena fé. Son conciliables el celo ardiente por la verdad y la tolerancia hácia las personas: puede detestarse el error, y amar al que se engaña; y en este caso es mas fácil conseguir que llegue á reconocerlo; pero nada es tan contrario á la tolerancia como el desprecio que inspira la necia presuncion del orgullo.

La indulgencia es una disposicion del alma para perdonar los agravios. La accion mas noble, cristiana y gloriosa del hombre es perdonar, Para la indulgencia de la virtud no hay acepcion de per-

sonas: cuando se inclina hácia alguno, es en favor de los que tienen menos luces y recursos, ó de aquellos cuyos ejemplos son poco contagiosos. Siempre pronuncia sus fallos con repugnancia, y los mitiga con las personas, teniendo en consideracion la debilidad, la ignorancia y ligereza; pero se penetra de indignacion á la vista del vicio, porque su principio es el amor á lo bueno y el odio á lo malo. Sabe escusar á los que se estravian, sin que por ello se entibie su celo por la causa del deber. El perdon de las ofensas personales es la mas hermosa prerogativa de la indulgencia, porque es la generosidad del corazon y la inmolacion del resentimiento, y solo las produce la verdadera bondad y el olvido de si mismo, atributos de la caridad cristiana. Sin embargo, la indulgencia tiene sus límites, y dispensada en todos los casos, degeneraria en un fausto de virtud y en una especie de imbecilidad.

La condescendencia es la flexibilidad de la bondad, que se complace en rebajarse, para ponerse al nivel de las personas que tratan, con el fin de hacer mas fácil y útil su comercio; aparentando cierta igualdad, para inspirar confianza y no lastimar el amor propio. Es privativo de la grandeza de alma rebajarse para elevar por este medio á los inferiores, ilustrar á los ignorantes, y establer el comercio de afecciones, que no puede tener efecto sin renunciar á la superioridad. Sin menoscabo de su dignidad, se coloca al alcance de los débiles, y se hace como igual suyo, para formar un comercio de franqueza y de confianza. En las personas elevadas tiene mas mérito, porque supone mayor condescendéncia. Si socorre á los indigentes, evita el

aire de proteccion; si enseña el deber, mitiga su austeridad; si instruye á la ignorancia, no emplea el tono dogmático, y con los débiles se hace humilde, como si participase de su flaqueza. Es muy interesante el espectáculo de la verdadera imágen de la condescendencia, en estos cariñosos entretenimientos que parecen los juegos de la inocencia y la virtud. Es laudable, y tambien un deber, emplear en beneficio de los demas los dones que se han recibido de la naturaleza y de la educacion, y muy meritorio soportar con resignacion, cuando es necesario, las vaciedades de la conversacion y las impertinencias del trato social.

La *delicadeza*, signo distintivo y adorno de la bondad, es el tacto ingenioso y habitual de las conveniencias en los pormenores del comercio civil, ó la finura del tacto moral; y se manifiesta en la ingenuidad afectuosa de los sentimientos en la discrecion de las palabras y en la generosidad de las acciones. Las cosas mas pequeñas suelen tener una trascendencia que no se prevee facilmente: una ligera imprudencia ó un descuido puede ocasionar una herida profunda y un gran desastre. El esmero minucioso en los detalles da á las acciones un carácter perfecto, y es para la urbanidad lo que la gracia para las artes. La delicadeza anuncia una continua vigilancia sobre todos los instantes de la vida, y llena con su influencia toda la atmósfera que respiramos.

El decoro, la modestia, la sinceridad y la sencillez son cualidades esenciales y relevantes, que dan tono, lustre y elevacion á los modales, y constituyen el bien parecer, cuya observancia es el lenguaje familiar de una educacion esmerada.

El *decoro* es cierta dignidad que espresa la estimacion de nosotros mismos, y el respeto debido á nuestros semejantes, consiste en sostener por nuestros sentimientos, palabras y acciones el rango á que nos ha destinado la Providencia en el estado social.

La *modestia* es el deseo habitual de merecer el aprecio por la decencia, y su ejercicio es el olvido de nosotros mismos, el empleo reflexivo y continuo de los medios mas propios para no ostentar superioridad, y el estudio esmerado para no chocar con las pretensiones y genialidades de los otros, rozándose suavemente con su amor propio, sin lastimarlo. La modestia en el mas alto grado reune el candor de la bondad y la sencillez de la grandeza al pudor de la virtud.

La *sinceridad* es la franqueza natural que manifiesta sin artificio lo que somos por amor á la verdad, y por el deseo de atenuar nuestros defectos confesándolos. La sinceridad es la elocuencia de la virtud.

La *sencillez* es un hábito de candor y de buena fe consigo mismo y con los demas, y aparece como la verdad personificada, desnuda de accesorios. No tiene pretensiones, se entrega sin recelo al juicio de los demas, no solicita los sufragios, y confiesa sus defectos ó mas bien los deja ver.

Siendo natural y lícito el deseo honesto de agradar, lo es igualmente el esmero que se emplea en el aseo y compostura del cuerpo, para parecer bien y captarnos el buen concepto y benevolencia de las personas cuyo aprecio nos interesa. El aseo es tan útil al cuerpo como la decencia para las costumbres, porque demuestra los miramientos que de-

bemos á los demas y á nosotros mismos; y se estiende tambien á los alimentos, á los vestidos, á los muebles, á los efectos de uso familiar, y hasta á las personas que nos sirven ó dependen de nosotros. Pero el aseo y compostura del cuerpo tienen su justa medida, como todos los hábitos saludables y útiles, y traspasada degeneran en una servidumbre minuciosa y frívola, y en una afectacion fastidiosa y ridícula. Es preciso huir de los estremos, evitando la inmundicia y desaliño de la indolente y abandonada grosería, y el melindroso purismo de los petrimetres.

La descortesía procede de ignorancia, de aspereza ó rusticidad, de indolencia, de envidia, de distraccion y falta de respeto. Los defectos principales en que por estas causas se incurre, son:

La grosería es una rudeza ó tosquedad desapacible y repulsiva que á nadie guarda miramientos.

La bajeza es la flexibilidad de carácter que se apega siempre al poder y al interés presente. Por esto nunca faltan á la injusticia triunfante cobardes que la sirvan, cortesanos que la adulen, y sofistas que la justifiquen: el interés se los dá ó mas bien se los vende.

La maledicencia ó la murmuracion es un prurito de envidia ó de malignidad, que se complace en descubrir y realzar las faltas ignoradas de los demas.

La burla es un acto descarado de desprecio para divertirse á costa de otro, y una especie de insulto.

La mentira es un artificio de debilidad, y un cálculo de egoismo.

La afeminacion degrada, porque siempre hay

algo vil, en lo que inspira el atractivo de los deleites sensuales.

La familiaridad con los superiores es una falta de respeto, y con los inferiores un esceso de franqueza: en uno y otro caso es un abuso de confianza.

La comezon de hablar, achaque ordinario de los pedantes, es propia de los que presumen de habilidad y erudicion.

El esceso de ceremonias y el obstinado empeño de obligar fastidian, embarazan y comprometen á sostener una contienda incómoda y ridícula.

La *afectacion* es el remedo de modos estraños para reformar defectos naturales. Las maneras estudiadas causan desprecio y pervierten el natural en vez de corregirlo. Ninguno es ridículo por lo que es realmente, sino por aparentar otra cosa; y esto es igualmente aplicable al cuerpo y al alma. La afectacion es para el natural lo que el arrebol para la belleza, un accesorio perjudicial.

El *espíritu de disputa y de contradiccion* es un defecto chocante que procede de altanería y de presuncion. El hombre orgulloso y preocupado se cree con el derecho incontestable de enseñar y corregir á los demas, y los interrumpe con desprecio y enfado para decir cosas mejores y mas atendibles. No por esto deben desterrarse de la conversacion las controversias, porque entonces se perderian las ventajas que resultan de las conferencias y discusiones con personas ilustradas. La divergencia de opiniones no es reprensible, sino la manera de combatirlas: cada uno debe espresar y sostener la suya con modestia y dulzura, como para ilustrarse y aprender; pero jamás con calor, apresu-

radamente y tono doctoral. La modestia que tanto embellece y honra á la juventud, no oscurecerá el brillo de sus talentos, ni disminuirá la fuerza de sus razones; por el contrario, les atraerá una atencion mas favorable, y dará mas peso á sus palabras. Una observacion trivial propuesta con un preámbulo civil, que indique deferencia y respeto á los sentimientos de otro, hace mas honor que el mucho talento y saber, si están acompañados de maneras insolentes.

Choca, y es incompatible con la delicadeza de la urbanidad, todo lo áspero, inoportuno, exagerado, y lo que está fuera de las reglas ordinarias de la naturaleza y de las prácticas del uso comun.

Conviene que los niños adquieran desde luego hábitos de urbanidad, fruto de la civilizacion que se da á conocer por la dulzura y comedimiento, que embellecen el comercio de la vida. Hay una urbanidad propia de todas las situaciones, porque en su forma esterior arregla el trato social, y no es mas que la espresion fiel del respeto á los superiores, de la bondad con los iguales y su lenguaje sincero: *prevenir, aguardar, ceder, tolerar, olvidarse por los demas y satisfacer á las conveniencias, es la verdadera cortesía*, que nos enseña á ocuparnos de los otros, á prevenir sus deseos, á servirlos con prontitud, y á refrenar la sensualidad y el egoismo: dos enemigos que en la educacion de la infancia deben atacarse bajo todas sus formas, por todos los medios posibles.

LECCION 16.ª

LA PRUDENCIA.

SEMITA CERTÈ.

Tranquilæ per virtutem patet unica vitæ,
Nullum numen abest, si sit, Prudentia.
(Juvenal.)

No hay ciertamente mas senda que la de la virtud para vivir tranquilo, y nunca falta la proteccion del cielo á la prudencia.

LA PRUDENCIA.

Quonian igitur, ut medicina valetudinis navigationis gubernatio, sic vivendi ars est prudentia.
(Cicer.)

Porque asi como la medicina es el arte de la salud, y la náutica de la navegacion, del mismo modo la prudencia es el arte de la vida.

Con razon se ha llamado la *prudencia* la virtud intelectual porque es el sagaz detenimiento ó la circunspeccioñ del espiritu, el tino de la razon, el discernimiento esquisito de las conveniencias, la práctica y madurez del entendimiento. Cuando es consumada supone, como requisitos esenciales la vigilancia, la calma, la despreocupacion, la sagacidad, la cultura de la razon, el equilibrio de las fuerzas neutrales, la prevision, la flexibilidad de carácter y la obediencia del corazon á las inspiraciones de la bondad, y á las exigencias de la justicia, el aprecio

exacto de las cosas, la oportunidad de obrar, la moderacion de los apetitos y el dominío de las pasiones. La prudencia es el genio familiar, que nos inicia en el conocimiento de lo verdadero, de lo bueno y de lo asequible, y nos conduce al acertado desempeño de los deberes, al logro de adelantos seguros y ventajas positivas, y sobre todo á la práctica de las virtudes, que es el culto de la Divinidad, y la verdadera y única dicha que puede disfrutar el hombre en la tierra.

Los antiguos miraban á los hombres prudentes como inspirados por Dios, y favoritos suyos. En efecto, parece que están iniciados en lo futuro, y cuando los otros viven en una seguridad ilusoria, que nada prevé, el hombre prudente descubre en las causas sus efectos, y se prepara, ya para aplicarlos en su provecho ó en beneficio de los demas, ya para atacarlos ó eludirlos, si fueren nocivos, ya para sufrirlos con resignacion, cuando son inevitables.

Los que no tienen ideas esactas de la prudencia, creen que es fruto de los años, y privilegio esclusivo de la vejez. Las canas no son el símbolo de la esperiencia: á ninguna edad se ha concedido por patrimonio la sabiduría; y la ancianidad ignorante, preocupada é indolente no es mas que una infancia vieja. Para que la prudencia sea guia seguro del hombre y firme regulador de sus acciones, palabras y pensamientos, se requiere el buen uso de sus facultades, el empleo oportuno de sus recursos, el justo aprecio de las cosas, el manejo delicado de sus auxiliares y enemigos, el tacto fino de las conveniencias, y la prevision del porvenir. Dirigiendo á la vez el espíritu, el corazon y los sentidos, es el

único medio para conducirnos con seguridad en el dédalo del mundo, y salvarnos de los precipicios en que arrojan al hombre los turbillones de la vida social.

El hombre prudente debe dedicarse con preferencia al estudio de su espíritu, de su carácter, de sus facultades, de sus deberes, de sus recursos, de sus inclinaciones, y hasta de sus flaquezas, ocupándose de continuo en corregirse y mejorarse. El cuadro fiel de nuestro espíritu, el juicioso cálculo de sus fuerzas y las circunstancias de nuestra posicion es el espejo en que debemos contemplarnos. Haciéndonos habitual esta observacion, y la vigilancia activa sobre nosotros mismos, conoceremos lo que podemos hacer y lo que debemos evitar.

La vigilancia es un centinela que observa constantemente lo que sucede fuera y lo que pasa dentro de nosotros; descubre el orígen de los movimientos mas ocultos del corazon, para detenerlos, escitarlos y fijarles su justa medida; precave los ataques y las sorpresas; advierte lo que puede dañar y seducir, y preserva del yugo que se acepta con gusto, el mas difícil de sacudir, aumentando asi cada dia el caudal de esperiencias y de luces con que se obtiene la conveniente disciplina interior. Pero la vigilancia no debe ser inquieta, agitada, ni precipitarse en el tumulto de las distracciones, sino igual, apacible y perseverante, como un testigo confidencial. Al entrar en una situacion nueva y desconocida, conviene redoblar la vigilancia, para no dar pasos en falso. El que sabe ser consecuente consigo mismo, gobierna mejor su interior y saca partido de los demas.

El buen éxito de las cosas y el acierto en los ne-

gocios dependen del juicio recto y de la reflexion sensata y sólida del espíritu, dirigido por la prudencia. Las pasiones exageran las fuerzas y no calculan los medios de ataque y de defensa; se precipitan, cuando es preciso marchar con lentitud; avanzan, si es menesser pararse ó retroceder; tras pasan el justo término, y estraviados por impetuosidad ó indiscrecion, se estrellan en precipicios ú obstáculos que no han querido prever. Para adelantar debe caminarse despacio, ensanchando los deseos á medida del buen éxito de cada paso, á no ser que la necesidad nos empuje á obrar, en cuyo caso es preciso arrostrar los peligros y dominar los sucesos. La prudencia comprime el impulso indiscreto de la curiosidad, de la lijereza, de la credulidad y de la franqueza, y fija el espíritu en una situacion espectante, conservando la calma de la razon, para resolver despues de un detenido exámen y haciéndonos habitual por una práctica constante el dominio de nosotros mismos. La sabiduria, que pesa, reflexiona y consulta antes de resolver, es la única que puede preservarnos de los errores y estravios á que ordinariamente nos arrastra la precipitacion. Asi que, el *detenimiento* es el primer requisito de la prudencia, como condicion indispensable para reconocer y evitar los escollos y obstáculos, y conseguir los mejores resultados. La lijereza mira superficialmente lo que se debe profundizar y observar por todos sus aspectos; impide que se descubran los peligros y consecuencias de las cosas, y por una palabra indiscreta hace que se pierda el fruto de grandes y costosos trabajos. Aunque solo nos ocupemos de las cosas que se hallan á nuestro alcance, y puedan traernos provecho, debemos te-

ner siempre á la vista que todo tiene su sazon y su hora; que la impaciencia y la curiosidad todo se lo prometen y nada consiguen, y por el contrario malogran ó entorpecen los proyectos mas fáciles y mejor combinados: es muy saludable espesar un poco la sangre, templar el fuego con la flema, no abusar de la razon por el refinamiento de la inteligencia, no estraviar el espíritu en peregrinaciones románticas, detenerse en los objetos mas cercanos, gozar de hoy sin atormentarse por mañana, y no fatigarse con una prevision infinita, que va buscando los males al fin del mundo, y abandona el presente por el porvenir, y las cosas reales por las posibles.

No debemos alejarnos de los negocios del dia, ni del interés presente, ni tampoco aspirar á hacerlo y conseguirlo todo en corto tiempo: en muchas ocasiones es necesario formarse un alma del norte en que hay mas tierra que fuego, y renunciar al espitu del oriente, cuyo fuego sutil es mas ilusion que realidad.

Cuando nos domina alguna idea seductora ó deseo voluptuoso, debemos detenernos para evitar que nos arrastre; es preciso resistir al impulso maquinal ó instintivo, al estímulo de la animalidad y al atractivo del deleite: detengámonos por algun tiempo para pensar: compárense entonces los dos instantes, el placentero fugaz con el largo y penoso del arrepentimiento y la satisfaccion de haber resistido y triunfado. Todas las cosas tienen dos aspectos uno halagüeño, pero engañoso y perjudicial; otro severo y desagradable, mas verídico y útil: ordinariamente se obra con ligereza, sin consultar la razon, y por un hábito ciego, por una imitacion servil ó por una inclinacion siniestra, se prefiere el as-

pecto agradable, y la fisonomia risueña, y nos hacemos juguetes de las ilusiones de amor propio, y victimas de nuestra ligereza. Se engaña torpemente, y las mas veces se pierde, el que no mira y contempla con detencion el reverso de la medalla, en que se encuentra la verdad. Para pensar, hablar y obrar con acierto, es requisito preliminar y necesario proceder con una sagaz detencion, *Solers eunctatio*. *Festina lenté* apresúrate despacio, aconsejaban los antiguos: *omnia non propéranti clara, certaque erunt*, todas las cosas son claras y seguguras para el que no se corre de ligero: *festinatio improvida est et cœca*, la precipitacion es desprevenida y ciega: Sentencias del general y cónsul romano Fabio Máximo, llamado Cunctatur el Detenido, segun refiere Tito Livio. *chi va piano va sano*, dice un adagio italiano: *visteme despacio que estoy de prisa*, aconseja el refran español: piensa y detente antes de resolver y obrar, porque dado el primer paso son inevitables los demas; *certus est imminentium ordo*, es consiguiente la serie de los resultados sucesivos, dijo Tácito: *intellectus non addendæ sunt plumæ, sed plumbum et pondus*, no deben ponerse plumas al entendimiento, sino plomo y peso, recomienda Bacon: esto mismo enseña el precepto, *manete paushpier, ut celeriter expediamus*, deteneos un poco para despachar mas pronto: así lo confirma la amonestacion de Séneca, *quidquid est, da spatium et tempus tibi quod ratio nequio sæpe sanabit mora*, en cualquier ocurrencia toma lugar y tiempo; lo que no pueda alcanzar la razon, lo conseguirá muchas veces la tardanza: delibera tarde, *perfice vero celeviter ea quæ deliberanti*; delibera despacio, pero ejecuta con pron-

titud lo que hubieses rusuelto, encarga Isócrates: *mane, omnia experiri prius consilio, quam armis sapientem decet*; detente, es decoroso al sabio probar todas las cosas, antes que con las armas con el consejo, previene Chremes: *rerum omnium magister usus, hominum adhibita solestia*; la esperiencia, acompañada ó dirigida por la humana sagacidad, es la maestra de todas las cosas, escribió César: *vis consilii expers mole ruit sua*; la fuerza sin la prudencia por si misma se precipita, nos advirtió Horacio. Los antiguos hebréos tenian por inmundos á los animales que no rumiaban, porque, como dice San Agustin, es necesario discurrir sobre lo que se ha oido; y pensar á solas en ello, pues el que engulle las razones, y no las examina y pesa, no puede juzgar con acierto. La prudencia comprime el impulso indiscreto de la curiosídad, de la ligereza, de la confianza y de la credulidad, y mantiene el espiritu en una situacion espectante, para resolver lo mejor despues de un detenido exámen. Es vergonzoso, decia San Bernardo, vernos obligados á retractarnos con frecuencia de lo que hemos hecho. No aventuremos nuestros juicios y reflexionemos con mucho cuidado lo que vayamos á hacer. El sabio dice: ejecutadlo todo con consejo, y no tendreis que arrepentiros de lo que hayais hecho. Todo deliberacion es un verdadero cálculo de probabilidad, cuyos datos suministra la esperiencia: asi las lecciones y los recuerdos de lo pasado son el guia que debe conducirnos en el porvenir.

Por falta de prevision y de oportunidad se malogra lo que podia sernos útil, se disipa lo adquirido, los sucesos nos encuentran desprevenidos, todo nos sorprende y asombra, y nada nos instruye,

Se atribuyen muchos sucesos á la casualidad porque se desconocen las causas que los producen, y las conexiones que los enlazan en el sistema del mundo; pues asi como los gérmenes tienen dentro de sí mismos la fuerza prolífica que ha de engendrar su especie, en las causas se hallan tambien ocultos los efectos que debe producir su actividad. La prevision distingue al hombre del bruto: compañera de la razon tiene por auxiliar á la esperiencia. Con ella se dominan y dirigen con acierto todos los negocios; si nos falta esta brújula, nos vemos siempre espuestos á los innumerables males sembrados en el camino de la vida. Huyamos siempre de los estremos: las cuerdas de un instrumento no suenan cuando no se hallan bastante tirantes, y se rompen si lo estan demasiado: del mismo modo, por una escesiva indulgencia se relaja la mas severa disciplina, se abandona el cumplimiento de los deberes y se pervierten las costumbres; por otra parte, el rigor desmedido es insoportable á la naturaleza humana: la justa medida es lo mejor en todo. El timon de una nave es mas peligroso que útil en manos de un piloto imprudente, y lo mismo sucede con el hombre: el espíritu es el timon, y la prudencia el piloto. Cuando el espíritu no está dirigido por la prudencia, á cada paso se estravia ó comete una falta. Si examinamos nuestras resoluciones y conducta, reconoceremos que todos los desaciertos provienen de que la prudencia no ha aconsejado á nuestro espíritu ó que este ha menospreciado sus amonestaciones. La prudencia es la sabiduria práctica y usual de la vida.

17.ª

LECCION [illegible].

LA TEMPLANZA.

Pudemdum hoc, omnia animalia quæ sunt saluta ria ipsis nosse præter hominem. Plin.

Es vergonzoso para el hombre no conocer, como todos los demas animales, las cosas saludables para si mismo.

Nequid nimis. Phædr. Nada demasiado.

Los griegos dieron á la *Templanza* el nombre de *Sofrosyne*, que significa *Guardiana de la Sabduria.*

La *Templanza* no solo es la primogénita de las virtudes y el apoyo y ausiliar de todos, sino tambien una necesidad física y moral del hombre, el primer deber y garantía de la salud y de la vida, la ley reguladora de sus goces, el centinela y consejero, que lo preserva de las enfermedades y de la muerte prematura, el freno de las inclinaciones depravadas, y el remedio de todas las pasiones. Conserva la serenidad del alma, modera sus arrebatos, conduce al hombre por el camino de la razon y del honor, inspira el amor del órden, de la decencia y del respeto a los demas, prescribe la conveniencia, la regularidad y la prudente economía, que no priva de lo necesario, ni prodiga lo supérfluo, y colocándose en el justo medio de la sencillez y de la virtud, suprime

todo lo que traspasa los límites no fantásticos, sino positivos de lo necesario ó útil.

Se pierde la salud y se destruye la vida por los dos medios que la conservan y propagan. La templanza que precabe su abuso, es necesario á todos; pero mas particularmente á los que tienen una complexion delicada, y á los que se dedican al estudio, pues nada debilita tanto las fuerzas vitales, ni amortigua la inteligencia, como la intemperancia; ni hay medio mas poderoso para dar vigor al cuerpo y al espíritu, que la abstinencia de los deleites, siempre enervantes y destructores cuando son inmoderados.

La templanza en los alimentos se llama *frugalidad*, *sobriedad* en las bebidas, y *continencia* en los goces sexuales. Mas como se emplean indistintamente las palabras frugalidad y sobriedad para espresar la templanza en la comida y bebida, usaré de *sobriedad en ambos sentidos,* y clasificaré la templanza en *sobriedad y continencia*. La templanza moderando por estas dos virtudes los apetitos escesivos de la *gula* y de la *concupiscencia*, asegura al hombre la salud, le prolonga la vida, y le facilita los placeres que pueden hacerlo dichoso en cuanto permite su destino.

LA SOBRIEDAD.

Los griegos llamaron á la sobriedad *sanificadora de la inteligencia*, y Sócrates *la salud del espíritu*.

No aconsejo las maceraciones de los penitentes, los ayunos de los anacoretas, ni la abstinencia de los ermitaños, mortificaciones reservadas á los que

aspiran á la perfeccion mística. El hombre, como ser sensible, se halla destinado á gozar de los placeres inherentes á la satisfaccion de sus necesidades naturales; mas se le han fijado ciertos límites, que no traspasa impunemente, y se le ha concedido la razon, para que modere el impulso escecivo de sus deseos: la sobriedad no es enemiga, sino conservadora de los verdaderos placeres del hombre. Aunque sean escesivos, son honestos los del olfato, la vista y el oido; mas siempre son nocivos y reprensibles los del tacto y el gusto si no se hallan contenidos en sus justos límites.

La sobriedad es el áncora de la salud, y la madrastra de los médicos: nunca traspasa las exigencias de la necesidad, ni abusa de las fuerzas naturales, y siempre evita la saciedad; refrena los apetitos escesivos, impide el estancamiento, la superabundancia y malignidad de los humores, calma la fogosidad de las pasiones, despeja la inteligencia, hace mas espedito el uso de los sentidos, y mas regular el ejercicio de las funciones del cuerpo. La glotoneria es un veneno que el intemperante se apropia á si mismo: mas mueren de indigestiones que de hambre. La duracion de la vida procede generalmente mas bien de la sobriedad que de la naturale za de los alimentos; pero es relativa, segun la edad, el temperamento y el género de vida. La sobriedad la prolonga y la hace apacible, como lo han confirmado los ejemplos de tantos ermitaños y anacoretas, que vivieron con la mayor sencillez y escasísima comida en una continua austeridad, por el espacio de muchos años.

LA CONTINENCIA.

Esta virtud consiste en el esfuerzo habitual del alma que contiene en sus justos límites el uso de los goces sensuales. La castidad es un don de Dios, ó una disposicion natural que nada tiene de penoso ni violento; pero la continencia supone lucha y victoria. Como conserva en su plenitud las fuerzas del cuerpo y la energía del alma, es un principio fecundo, del que recibe su ardor y descubrimientos el genio, la poesía sus brillantes cuadros y sus felices inspiraciones, y las bellas artes sus adelantos é ingeniosas y útiles invenciones.

Por esta razon se impuso al clero la castidad, como un voto obligatorio para el desempeño de sus elevadas funciones, y ha formado por este medio almas fuertes y grandes caracteres, que apoyados en la poderosa influencia que les proporcionan las creencias religiosas, de que es el clero depositario é intérprete, han logrado adquirir y conservar la superioridad en su gerarquia sobre las demas clases de la especie humana, La incontinencia estenúa el cuerpo, debilita y degrada el alma, marchita la imaginacion, deprava la sensibilidad, y corrompe el gusto. Es preciso contenerse dentro de los límites que ha fijado la naturaleza alrededor de nuestra fragil existencia, y de los que nos han prescrito las leyes de la sociedad. La moderacion es una fuerza regular, apacible y constante, destinada para dar la direccion conveniente á nuestras facultades, para reprimir los estravios y detenerse para obrar bien,

Debemos tributar el culto de nuestro reconocimiento á la sabiduria y á la bondad de la Providencia, por sus designios en favor de la humanidad, y haciendo que la moderacion, que es el secreto de la virtud, sea al mismo tiempo el secreto de la felicidad.

18.ª

LECCION [illegible] (1)

EL CARACTER.

Es muy interesante y necesario tambien, el estudio de los caracteres, porque principiando por nosotros mismos, nos enseña á modificar el propio para acomodarlo al de los demas, y lograr el buen acuerdo y comun provecho, objeto de la ciencia de la vida social.

Cada hombre tiene su carácter peculiar, regulador de su conducta, que forma el rasgo predominante de su espíritu, y dá á conocer la tendencia, el temple y en cierto modo la fisonomía del alma. Hay tantas especies de caracteres cuantas son las inclinaciones naturales, adquiridas ó modificadas por la educacion y por las otras causas que determinan el rumbo moral del espíritu.

El carácter del hombre puede definirse la dispo-

(1) Esta leccion sigue á la XVII, quedando inutilizada la que con el título de *La Urbanidad* se insertó en nuestro número 320, correspondiente al lunes 20 del corriente, la cual se ha publicado ya en su lugar correspondiente, pero que por una equivocacion involuntaria, hija de la precipitacion con que se hacen los trabajos periodísticos, se reprodujo en el mencionado número.

cion *marcada y habitual del espíritu.* Considerado en su tipo normal ó mas perfecto es el *amor habitual decidido y permanente á lo verdadero, á lo bueno, y á lo bello, demostrado en todas las palabras y acciones.*

La falta de carácter produce una versatilidad habitual, que se manifiesta en la vacilacion é inconstancia de las resoluciones, y en los cambios caprichosos y frecuentes de conducta. Así vemos que las personas sin carácter son como las máquinas que carecen de resorte regulador, y ejecutan desconcertadamente sus movimientos.

Cinco requisitos esenciales constituyen el carácter normal ó mas perfecto á que el hombre debe aspirar: *el amor al bien, el dominio de sí mismo, la sencillez, la dignidad y la elevacion de sentimientos.* Cuando se hallan separados, el amor á lo bueno puede ser una especulacion estéril, el dominio de si una fuerza ciega, la sencillez simpleza ó negligencia, la dignidad engreimiento, y la elevacion un estravío romántico. Estando reunidos, el amor á lo bueno es la iniciacion del hombre en la sabiduría y su consagracion al bien; el dominio de sí es la soberanía de la razon; la sencillez es la sinceridad de las maneras; la dignidad es la actitud natural de la virtud, y la elevacion de sentimientos la grandeza de alma. Esta feliz alianza convierte el amor á lo bueno en acciones prácticas, el dominio de sí se penetra de una santa inspiracion, la sencillez atrae y encanta, la dignidad impone respeto y la elevacion de sentimientos ennoblece, realza y admira. Esta armonía suele encontrarse en las condiciones medianas y oscuras, donde es menos rara de lo que se piensa.

EL AMOR A LO BUENO.

Lo bueno comprende todo lo que es escelente en sí, como objeto propuesto por Dios á la voluntad humana. *Amor* es un impulso libre, ilustrado y generoso hácia lo bueno, con un desprendimiento sincero y completo: fuerza difusiva é ilimitada, pasion profunda, íntima é insaciable, y al mismo tiempo deliciosa y apacible, que coloca el alma en el seno del órden, que es su verdadero elemento y satisface todos los votos y exigencias de su naturaleza. El amor á lo bueno es la conciencia animada y activa, que espresa á la vez las necesidades y los deberes del hombre, la sed ardiente y perseverante de lo mejor, y una especie de consagracion, en que se entrega con todo lo que posee al objeto que conoce ser el de su destino. Este es el verdadero alimento de la vida sócial, el orígen de todo lo útil y grande, el principio y el foco de la octividad moral, el genio de la virtud y el alma del heroismo.

EL DOMINIO DE SI.

El hombre nace soberano de si mismo; mas para usar de este derecho, don magnífico de la Providencia, necesita comprenderlo, y ademas los medios que debe emplear para su acertado desempeño: estudio penoso y difícil, porque depende del conocimiento de nosotros mismos, que rara vez y tan imperfectamente hacemos. ¡Cuántos han bajado al sepulcro sin haber sospechado siquiera la mas noble prerogativa de su ser! El dominio de si es el que tiene el hombre sobre su voluntad: privilegio de las almas fuertes, y poder necesario y eminentemente

moral, porque es el instrumento de la virtud: autoridad tutelar que se ejerce por una direccion ilustrada y un gobierno sabio. Las inclinaciones son sus súbditos, y las facultades sus ministros. Centinela activo, tiene fija la vista en lo que sucede fuera y en lo que pasa dentro: alternativamente escita, modera, dirije y reprime; en una palabra, reina. Asi aprende á conducirse y á mandarse; á prever y á proveer; á entrar en un comercio sincero y continuo consigo mismo; á medir sus fuerzas; á obligar al entendimiento á reformar sus juicios y al corazon á refrenar sus deseos; á doblegarse á las exigencias, algunas veces severas y duras, de la realidad; á vencer las dificultades; á detenerse delante de las insuperables; á contener las tendencias insensatas que aspiran á lo imposible, y á levantarse con valor de las caidas. El dominio de sí mismo preside en el taller interior del alma, donde se desarrolla el ejercicio de todas sus facultades, regulariza su accion y la dirije á su lejítimo destino.

LA SENCILLEZ.

La sencillez es un hábito de candor y de buena fe consigo mismo y con los demas, y puede mirarse como la verdad personificada puesta en accion y desnuda de accesorios. De su sinceridad procede la franca rectitud con que se anuncia, espresando la verdad en los sentimientos y la fidelidad en las acciones. A primera vista cautiva porque no tiene pretensiones: atrae las almas sensibles y delicadas: como no teme la crítica ni solicita los sufragios, se entrega al juicio de los demas, confiesa hasta sus

él una especie de magistratura y aun de sacerdocio: vínculo de comunicacion entre el mundo material y el mundo moral, conoce al primero por la ciencia, lo gobierna por la industria, y entra en el segundo por la libertad, la virtud y la religion.

La dignidad de carácter no es mas que la de nuestra naturaleza, y consiste en el cumplimiento de los deberes inherentes al estado y profesion de cada uno, y en sostener por nuestros sentimientos, palabras y acciones, el rango que nos ha señalado la Providencia. Esto nos conduce á ser mejores porque la nobleza original del hombre se conserva y justifica por todo lo que lo aproxima á la perfeccion. La dignidad manifiesta cierta austeridad en las costumbres, reserva en las relaciones, sobriedad en las palabras, recogimiento en el porte, gravedad en las maneras y seriedad en todos los hábitos: es una fiereza sin orgullo y una modestia sin bajeza.

A la verdadera dignidad suele acompañar una justa fiereza, que solo es propia de la virtud, la que se defiende de la calumnia, la que procede de la conciencia de intenciones puras, la que se siente superior al poder que la oprime, la que triunfa en medio de las pruebas, la que se goza en la oscuridad y en la independencia, la que puede mostrarse sin disfraz ni temor, la que menosprecia los intereses groseros, y fiel aliada de la verdad y de la libertad, produce la satisfaccion de mandarse asi misma. Esta es la que sienta bien á la virtud, que mira con desden las pompas del orgullo y de la frivolidad.

mismos defectos, ó mas bien los deja ver. No usa de reticencias, sutilezas ni evasivas, y solamente dice *si* ó *no*, marcando sus palabras con el sello de la conviccion. Acostumbrada á considerar los objetos como son en sí, redime de las violentas y falsas situaciones del corazon. No se fatiga por los esfuerzos que cuesta el prurito de figurar; goza de una serenidad saludable; no se ocupa de vanas oficiosidades, ni se atormenta con estériles y minuciosas solicitudes. Desdeña la profusion y el fausto; solo emplea espresiones adecuadas á su pensamiento, adornos propios y atributos convenientes. Tiene ciertas negligencias de una gracia encantadora porque descubren el olvido de sí mismo. Nada es tan sencillo como el camino de la virtud; nada mas claro que sus nociones, nada mas justo que sus preceptos. El corazon sencillo encuentra el alimento que le conviene; se reconcentra en el sentimiento que le inspira, y entregado á él descansa con seguridad. El hombre sencillo posee las luces que constituyen la facultad de ver bien, y la dichosa ignorancia de las cosas inútiles; necesita de pocos ausilios estraños; tiene menos dificultades que vencer; calcula mejor sus fuerzas; las emplea con oportunidad y con calma, y siempre se espresa con ingenuidad, que es la elocuencia de la virtud.

LA DIGNIDAD.

El hombre, criatura de Dios, dice *Dégérando*, lleva en su frente, y aun mas en su corazon, la marca de su augusto origen: candidato de una existencia futura, tiene en sí mismo el signo de su alta vocacion: ciudadano del universo, ejerce en

LA ELEVACION DE SENTIMIENTOS.

Los sentimientos elevados anuncian la grandeza de alma, que reune en el mas alto grado los dos rasgos mas hermosos que ennoblecen el carácter de la humanidad: los mas genero del amor á lo bueno, y lo mas enérgico del dominio de si. Señalando la perfeccion á que aspira nuestra naturaleza, da á conocer al hombre toda la estension de su libertad, y le enseña de lo que es capaz, si tiene valor para ejecutarlo. La marca caracteristica de la elevacion de sentimientos es el espontáneo y completo olvido de si mismo, que se manifiesta de una manera brillante en el perdon que se concede á un enemigo, en la indiferencia á las injurias, y en desdeñar los favores de la fortuna. Pero para que el olvido de si sea un sacrificio real y meritorio, es necesario que se consagre voluntariamente á un objeto digno de recibirlo, y que el amor mas noble y puro haya conquistado y absorbido el amor de si mismo: las grandes acciones son las que producen sus estraordinarios efectos por la energia de los sentimientos generosos. La sublimidad de carácter se demuestra en la inmolacion á la voz del bien, cuando exige un sacrificio absoluto. Esta inmolacion que espanta á los espíritus vulgares, la aceptan y abrazan las almas elevadas con una alegría tan pura, que les parece mas bien una recompensa y una corona que un sacrificio. No consiste siempre la inmolacion en arrostra ó sufrír la muerte, porque suele hacerse por debilidad ó por ligereza; es mas grande todavia soportar pérdidas irreparables, sobrevivir devorando un dolor inestinguible, chocar con las preocupacio

nes de su pais, hacer el sacrificio de su carrera, de su fortuna y de sus mas caras afecciones, y condenarse á un destierro voluntario. Ha habido y habrá siempre mártires de la verdad y de la virtud, infamados por una ignominia aparente, víctimas del fanatismo, que han sufrido la persecucion y la muerte recibiendo la aureola de la gloria sin otro apoyo que el sufragio de su conciencia.

NECESIDAD DE LA FIRMEZA DE CARACTER.

¡Cuántas luchas está el hombre forzado á sostener, y cuántos triunfos llamado á conseguir en la carrera de la vida! Si su situacion es poco afortunada, mas necesita de la firmeza de carácter.

El hombre es su propio rey con la indispensable condicion de que sepa mandarse: solo deja de reinar sobre sí mismo cuando abdica su poder, que consiste en la energía de su espíritu. Colocado entre las inclinaciones que lo impelen y el deber que le dicta la regla, á su voluntad corresponde dirigirlas, obedeciendo á los consejos de la razon y á las leyes que le intima la voz de la conciencia: este reinado interior es moral y glorioso, cuando está consagrado por la virtud.

Los atractivos del placer, las ilusiones del amor propio y las exigencias del trato social nos asedian á cada instante, y en vano se intentará resistir, si no se ha aprendido á dominar el corazon, armándonos de firmeza. No es fuerte el que cede por debilidad á sus inclinaciones: la violencia que lo arrastra demuestra su vergonzosa servidumbre. La fuerza que resiste á la seduccion, acostumbra á contenerse y abstenerse, y supone en el mas alto grado la ener-

gía de carácter. La firmeza emprende con placer y continúa con perseverancia los mas penosos trabajos, soporta las fatigas, allana los obstáculos, sostiene los esfuerzos del cuerpo, conserva en el alma el sosiego y la libertad, conquista la verdadera independencia, y triunfa del abatimiento y del fastidio.

Es admirable y muy instructivo el cuadro que ofrecen á nuestras observaciones las virtudes ocultas y el valor modesto y apacible en los rangos menos afortunados de la sociedad, que en el seno de una vida aislada y laboriosa, luchan con la desgracia, y triunfan; víctimas de la adversidad, se contentan con poco; no se resienten de envidia, ni se quejan de su suerte; y mártires de la paciencia, soportan con serenidad y constancia en un rincon ignorado las necesidades de la miseria, los ataques del dolor y todas las especies de asperezas y penalidades.

Imitemos su ejemplo: todos necesitamos de valor y de la firmeza de carácter para triunfar de los peligros sembrados bajo nuestros pasos, y estamos obligados á desarrollar y sostener la fuerza del alma, acostumbrándola desde luego á mandarse á sí misma, y adquirir la intrepidez que arrostra el peligro con sangre fria, y que constituye el valor del soldado, la bravura del marino, y en las epidemias, la inmolacion de las hermanas de caridad, del sacerdote y del médico.

LECCION XIX

LA AMISTAD.

Il est des nœuds secrets, il est des sympathies, dont par le deux rapport les ames assorties s'attach nt l'uneá l'autre.

CORNEILLE.

Hay nudos misteriosos, hay ciertas simpatias que atrayendo las almas por una dulce correspondencia apegan una á otra.

No hay verdadera amistad sino entre los buenos.

CICERON.

El que invoca la amistad la bendice: sus beneficios valen mas que todos los tesoros. La llamamos en la alegría para hacerla completa, y en las penas para mitigarlas: es nuestro refugio y proteccion en los peligros que nos amenazan y en los males que nos afligen; y solicitamos su aprobacion para estar bien con nosotros mismos reconociéndola como una maestra, que nos instruye y mejora.

Algunos filósofos han opinado, que el sábio de nadie necesita y que de nada le sirven las cosas estrañas: asi escluyen la amistad del número de las necesarias, y la colocan entre las agradables. Pero otros filósofos afirman, que sin la amistad es la feli-

cidad imperfecta y defectuosa y la virtud débil é imponente; añadiendo que los amigos son lo mas útil y apetecible de todos los bienes y los consideran, no como juguetes y entretenimientos de un sábio imaginario, sino como ausiliares y apoyos del hombre social. En efecto, solo Dios está contento y se basta á sí mismo, porque rico de su propia esencia, goza de una soledad bienaventurada y abundante en toda clase de bienes; obra sin instrumento y sin trabajo, y todo lo saca de su naturaleza infinita. Al contrario los hombres no pueden vivir, ni vivir bien ni ser dichosos los unos sin los otros, porque los liga la nececidad de un comercio recíproco; y mas bien deben mirarse como fragmentos que la sociedad reune.

Dios ha concedido al hombre la razon y la palabra principalmente para el consejo, que es el elemento de la vida civil. El hombre está obligado á tomarlo de otro, porque en sus propios negocios debe desconfiar de su sabiduria: se halla tan cerca de sí mismo, que no habiendo intermedio para el consejo que trata de darse, no puede impedir que la razon que propone y la que resuelve dejen de ser la misma. Es indispensable que el que consulta sea persona distinta del que aconseja, porque debe mediar una distancia proporcionada entre los objetos y las facultades que juzgan; pues asi como la vista mas penetrante no puede mirarse, los juicios mas vivos carecen de claridad en sus propios intereses. Por estensas que sean las luces naturales y los conocimientos adquiridos, ninguno debe rechazar los medios humanos, ni menospreciar el aumento de ilustracion que resulta de la conferencia.

En el plan general de la naturaleza toda asocia-

cion es un principio de fecundidad, y la mas interesante y elevada es la amistad, que Dios quiso destinar para que germinase la virtud en el seno de las afecciones. Parece que la virtud se personifica en la amistad, y que con ella la sentimos, la abrazamos y la poseemos, y nos inspira nobleza en los sentimientos, ardor en la voluntad y confianza en las acciones.

La conformidad de gustos y las relaciones habituales forman simulacros de amistad, á que el trato social da una fidelidad aparente; pero este acuerdo no pasa de la superficie del alma, y se rompe sin pesar y sin vergüenza. Solo el amor al bien puede formar la estrecha alianza de las almas, y que se funde en lo mas noble y profundo que hay en nuestras facultades, porque la verdadera amismad solo puede existir entre los buenos.

La mejor escuela para el estudio de nosotros mismos es el comercio con un buen amigo, porque la efusion de la intimidad contribuye á conocernos, su lenguaje es un espejo donde reflejan nuestros pensamientos, y porque confiándolos se desarrollan y definen, comprendiéndose mejor la estension de nuestros secretos. La mirada de un amigo en un momento crítico es un rayo de luz, que baja del cielo y se comunica á nuestra alma para fortalecerla é iluminarla. Será tambien un medio de instruccion, si encontramos en el amigo lo que nos falta, porque asi podremos hacer útiles comparaciones y sacar de ellas partido en nuestro provecho.

La verdadera amistad exige sinceridad completa, severa vigilancia y confianza ilimitada. Cuando nos imponemos la ley de un perfecto candor en el trato habitual de un amigo, este feliz hábito preserva los

defectos que luego se descubren, desembaraza, consuela y garantiza la pureza del corazon. La confesion de una falta contiene la promesa implícita de la enmienda, porque ha principiado á corregirse el que revela un defecto sin disfraz. La vigilancia del amigo sobre nuestra conducta no es tan solo de censura, sino tambien de estímulo. El amigo fiel es un censor benévolo, que al paso que nos corrige nos anima, sostiene y consuela. Sin embargo, el desempeño de este deber es difícil, porque conocen mas bien las buenas cualidades del amigo que sus defectos, y es consiguiente alabarlo y no reprenderlo. La confianza es uno de los mas interesantes y lisonjeros dones que puede un hombre ofrecer á otro; mas no recibe su valor sino de la rectitud de las intenciones y debe apoyarse en una completa seguridad. En las comunicaciones íntimas de la amistad, se dulcifican las amarguras de la vida y se aligera el peso de los remordimientos, que reciben una especie de bálsamo y se convierten en una espiacion. La timidez de la conciencia propia no queda satisfecha sino cuando tiene eco en la conciencia amiga. No debe confundirse la sinceridad con la confianza: la sinceridad es la franqueza de carácter, que nos manifiesta cómo somos por amor á la verdad y por el deseo de atenuar nuestros defectos confesándolos; pero la confianza no tiene esta libertad, porque se halla sujeta á reglas mas severas, y no se limita á nosotros, comprendiendo otras personas, cuyos intereses y deberes estamos obligados á respetar. Para que la confianza sea lícita y prudente debe estar exenta de miras interesadas y no proceder de debilidad. La confianza es un tributo que pagamos al mérito, un depósito confiado á la

buena fé y una dependencia contraida voluntariamente. Pero sucede con frecuencia, que se hacen confianzas por vanidad, por prurito de hablar, por deseo de atraer la confianza de otro ó por arrancarle sus secretos.

LECCION XX.

LA LIBERTAD MORAL.

La materia inanimada no tiene libertad, porque carece de inteligencia, y obedece necesariamente á las leyes de la gravedad, á las afinidades químicas, á las fuerzas magnéticas y eléctricas, á los impulsos mecánicos y á las combinaciones geométricas de los poderes, que son al parecer los actos de la suprema sabiduría que rige al universo.

Las plantas ya tienen movimientos espontáneos, deseos y repugnancias: estienden y enlazan sus brazos, y se apoyan y sostienen mútuamente: su debilidad, las convida á contraer alianzas, y como que dan á entender que siguen esta ley, *la union aumenta la fuerza*. La vecindad de las plantas produce intimidades, injertos y participaciones de exístencia entre las análogas. Todas llevan sus raices dentro de la tierra que las nutre, y las retiran de las rocas y de los sitios impregnados de jugos dañosos: todas tienen sus flores, placeres mas ó menos sensibles, que no siempre se ocultan á nuestra vista. Su generacion tiene cierta semejanza con la

de los animales: ignoramos si su vida participa de algun atributo elevado, y solo sabemos que sus apetitos contribuyen á su aumento y reproduccion.

En los animales hay dos clases de movimientos, automáticos y voluntarios: observan, comparan y combinan, y cuando sabemos estudiarlos, es fácil sorprenderlos en el trabajo pendiente de su espiritu. Se determinan, quieren y obran; mas al ejercer su actividad espontánea satisfacen sus apetitos; pero no se dan cuenta de lo que ejecutan, porque carecen de reflexion. Su voluntad está gobernada por los impulsos y exigencias instintivas, que llevan el animal á buscar lo que le agrada y á huir de lo que le repugna. Tienen cierta libertad de accion, esto es, el poder de dirigirse sin violencia por autoridad propia; pero sus determinaciones son un efecto mecánico: el egercicio de sus órganos es espontáneo; su voluntad es esclava. No hay animal que por sus actos no haga un papel en la escena del mundo, y no influya de algun modo en la totalidad de los sucesos contingentes. Asi que los animales son poderes y tienen un número de motivos correspondiente y proporcionado al de sus necesidades, intereses y sensaciones.

El hombre tiene tambien, como participante de la organizacion animal, movimientos automáticos. Cuando lo sorprenden repentinamente las inclinaciones ó lo dominan por su energía, no concediéndole tiempo ó fuerza para consultar consigo mismo, ejecuta acciones meramente instintivas, determinadas por las impresiones lisongeras ó desagradables que ha recibido. En estos casos tan solo egerce la primera libertad de accion, es decir, la espontaneidad que el poder de hacer lo que se quiere.

Pero el hombre, dotado de un alma racional, que lo distingue y eleva sobre todas las especies de animales, tiene al egercer sus facultades la conciencia de su voluntad, el poder de querer ó no querer y el de obrar conforme á su eleccion en cuanto esté al alcance de sus fuerzas. Examinada la existencia y el uso de la libertad es el poder que tiene el hombre de conformar sus actos á su voluntad, dirigida por el dictámen de la razon. El mejor uso que puede hacer el hombre de su libertad, no consiste en reducirla, sino en disponerla de modo que sea útil á sí mismo y á los demas. Cuándo las verdaderas luces perfeccionan el espíritu y dirigen el uso de la libertad, producen las virtudes. Los grandes hombres se consideran ciudadanos de la república humana, y estienden sus deberes y relaciones á esta sociedad universal que forma la familia imperial de la tierra. Á medida que el hombre se eleva sobre el vulgo mas se ocupa de la felicidad de sus semejantes, que mira como parte de la suya y como una necesidad de su alma.

Los hombres en general trabajan para vivir; los héroes para conquistar el amor y la gloria; los sábios únicamente para hacer bien sin aspirar á gratitud ni á recompensa. Su ambicion es santa, porque procuran conformar su moralidad á la moral universal, su débil razon á la razon suprema y su limitada bondad á la bondad infinita, á cuyo fin encaminan todos sus esfuerzos.

La libertad es un hecho real y primitivo que se siente y conoce por la reflexion interior con la misma evidencia que el pensamiento, y es inseparable del juicio y del sentimiento del deber. Reside en el santuario del alma, donde está el foco de la razon,

el tribunal de la conciencia y el principio de la vida moral. El convencimiento íntimo que tiene el hombre de poder obrar de diferentes maneras, los recuerdos de sus indecisiones, sus temores, dudas, desconfianzas, dilaciones, reservas, pesares y remordimientos son un testimonio irrecusable de su libre albedrio. Impelido el hombre por sus inclinaciones puede resistir y contenerlas, interponiéndose la reflexion entre sus tendencias y su voluntad. Delibera, vacila y al cabo se determina á querer ó á no querer. Esta es la verdadera libertad del hombre, ante cuyo poder todo queda en suspenso, aun despues del exámen, porque como ser moral es el árbitro de su propia deliberacion y de sus acciones. Las reglas morales dan al ejercicio de la libertad toda su importancia, y constituyen su mérito y su demérito. En el órden moral no hay necesidad porque no puede haber certeza positiva y anticipada. El hombre es enteramente árbitro de su eleccion: solo la libertad nos suministra la nocion de causa, porque el agente libre se determina por sí mismo, y produce realmente un efecto. Obra, no obedece: no recibe su accion de afuera; la saca de su espiritu: no es instrumento, sino verdadera causa.

El hombre es escitado por diferentes órdenes de motivos, que unas veces son análogos y otras de diversa naturaleza. Cuando son meras sensaciones, examinando las circunstancias del placer y del dolor, á no ser un insensato, elegirá lo que le ofrezca mayores ventajas y evitará lo que tenga inconvenientes; mas ordinariamente se le presentan objetos de distinta naturaleza y móbiles que lo empujan en contrario sentido, como son los placeres

sensuales y las intimaciones del deber. En este caso puede moderar ó avivar las tendencias y afecciones que lo solicitan, fijar su atencion en las ideas que ocupan su espíritu, debilitarlas ó reanimarlas, y por consiguiente puede modificar en su principio la fuerza de los motivos que lo impelen. Cuando fluctúa entre las inclinaciones sensuales y los preceptos de la ley moral, puede llamar en su ausilio la imágen de los goces, que producen la satisfaccion de obrar bien, y elige entre dos clases de motivos heterogéneos, como ser misto, colocado en los confines de las regiones sensible y moral. Pero sucede con frecuencia que el atractivo de los placeres sensuales obra tan poderosamente sobre nosotros y es tan débil la voz de la conciencia, que nos vemos arrastrados por una fuerza instintiva y maquinal. Entonces podemos y estamos obligados á obrar sobre nuestras tendencias é ideas, conteniendo las unas y modificando las otras; por cuyo medio se calman las impresiones esternas, se reanima el sentimiento del deber, y se obtiene la facilidad de sustraerse del peligro y de decidirse con menos esfuerzos. Por este ejercicio racional y saludable de la libertad se prefiere lo bueno á lo que lisonjea las pasiones; y comparando los deleites de la virtud con los sensuales, damos á los motivos del deber mayor energia, y quitamos al placer la seduccion de sus encantos.

Para combatir la existencia de la libertad oponen la fuerza irresistible de las pasiones: doctrina funesta que estinguiria los goces de la virtud y los remordimientos del crímen. Hay pasiones que la razon aprueba, y son todas las que una libertad ilustrada y vigilante sabe contener dentro de los límites

de la justicia y de la moderacion: estas, como beneficios del cielo son conformes á la moral. Cediendo el hombre voluntariamente á estas inclinaciones es libre, porque lo gobierna la inteligencia, y juzgando sus gustos y sus deseos, los subordina al régimen de la razon. Mas por desgracia de la humanidad existen pasiones que lo tiranizan y arrastran por su impetuosidad en deplorables estravios. Pero esta es una situacion violenta y pasagera: la ordinaria y natural es la de la razon y la libertad. Es preciso reconocer que el hombre no es siempre libre, asi como no se halla siempre despierto, y no puede negarse que la vigilia es mayor que el sueño, y que el estado de razon es mas largo y durable que el de insensatez: el hombre es mayor tiempo árbitro de su conducta que esclavo de sus pasiones: si pierde la razon y la libertad es siempre por culpa suya. Todas las pasiones pueden refrenarse al principio, porque entonces nos permiten conocer el peligro y podemos emplear el auxilio de la razon para precaverlo. Podemos huir á tiempo; pero acariciamos á Circe, y nos complacemos en escuchar el canto engañoso de las sirenas, y por una halagüeña inercia nos dejamos arrastrar por la pasion que nos seduce, y que al cabo nos sojuzga. El libre albedrío es responsable de complicidad porque no fué violado en la prueba en que consintió voluntariamente dejándose dominar. Dios te ha hecho débil, decia un filósofo, para resistir á la tentacion, porque te hizo bastante fuerte para no esponerte á ella. La voluntad del hombre tiende y aspira siempre á obtener todo lo que promete su felicidad, y al mismo tiempo le fué dada la razon, como su guia y consejero, para decidirse por su voto y elegir los medios mas seguros y efica-

ces de conseguirla. Este es el oficio de la razon directora de nuestras acciones para alejarnos de todo lo que sea contrario al buen sentido y á la equidad y conducirnos á lo que nos hace bien sin dañar á otro. La conciencia es el santuario de la libertad moral, y es digna de todos nuestros votos la que es hermana de la justicia, principio de todas las mejoras, alimento de todas las afecciones generosas y justa prerrogativa de la dignidad humana. La libertad no es el poder de hacer cosas injustas, ni el derecho de usar y de abusar no existe en la naturaleza, porque seria absurdo é impio. Por lo mismo que las leyes protejen la libertad, le dan al mismo tiempo sus límites y sus garantías. Asi los que no ven en la libertad mas que derechos sin deberes severos y correlativos sacrifican la libertad á sí misma. El mayor número propende á ejercerla arbitrariamente, no quiere ser contenido por ninguna regla, traspasa los límites de la justicia, invade los derechos de los demas, usurpa sus intereses y arrolla las barreras de la moralidad. Aprendamos á reconocer el precio inestimable de la libertad moral; don magnífico y poder inmenso que Dios ha concedido al hombre para que naciese el bien de su propia eleccion, para que la virtud fuese su patrimonio y la verdadera felicidad su recompensa, y para que conformando su voluntad á la de Dios, pudiese aspirar á las perfecciones de que es el tipo infinito y eterno. Sepamos gozar y usar bien de la libertad moral, sin la cual la civil y la política no serian mas que un nombre vano y un presente funesto,

LECCION XXI.

DISTRIBUCION DEL TIEMPO.

No hay adorno mas agradable y útil que la máquina ingeniosa del reloj que nos pinta con tanta exactitud el curso del tiempo, y nos representa de una manera tan sensible su rápida carrera, reprochando á nuestra indolencia ó distraccion lo mal que lo empleamos ordinariamente. El órden y multitud de nuestros negocios, deberes y diversiones, el gusto de la precision, de la exactitud, y nuestros hábitos nos han hecho casi indispensable esta medida del tiempo, que se mira como una de las necesidades de la vida social.

El tiempo es el cuadro general que se ha ofrecido al hombre para el desarrollo y ocupacion de sus facultades; y así debe ser el primer objeto de nuestro sistema de vida. Todos los preceptos y recomendaciones se reducen á concertar bien su distribucion y su empleo, fijando un plan invariable, en que se aproveche todo el tiempo con fruto, y obrando de modo que la sucesion de las horas y el tránsito de una ocupacion á otra se combinen, enlazen y auxilien mútuamente.

De cuanto se halla á nuestra disposicion nada debe quedar estéril, contribuyendo todo á nuestra mejora. A cada uno toca concertar su plan de conducta de la manera propia, coordinándola con su posicion y carácter. No hay un tipo general, y debemos desconfiar de modelos prestados; el mejor será el que se acomode con nuestras necesidades, y se haya concebido por una acertada combinacion y ejecutado con espíritu de consecuencia.

LECCION XXII.

EL TRABAJO.

Honor al trabajo es la inscripcion que debe ponerse sobre el frontispicio de las escuelas, y la máxima que conviene grabar en el ánimo de los niños.

La Providencia ha hecho al hombre el primer agente en la escena de la naturaleza terrestre donde reina, y en cierto modo concluye la obra de la creacion. Con este designio imprimió á este agente superior una inmensa necesidad de movimiento, escitando su doble actividad, la interior por el vuelo de la voluntad y las operaciones del espíritu, y la esterior por el manejo de sus órganos y los ejercicios del cuerpo. De esta necesidad bien conocida y convenientemente satisfecha nacen esteriormente frutos preciosos y muy abundantes, y en el interior un bienestar lleno de encanto; mas cuando se desatiende resulta fuera desórden y destruccion, y dentro turbulencia, estravíos y tormentos.

El trabajo es una condicion obligada, á que se halla sometida casi la totalidad del genero humano, y que ocupa la mayor parte de su vida. Considerado en toda la estension de sus efectos confirma las miras de la sabiduría divina en vez de destruirlas. En el vasto sistema de la constitucion y movimiento de la sociedad todo se refiere al trabajo, que es la

grande y universal palanca del poder humano y e principio de todas las producciones de la riqueza comun. Bajo este aspecto todo adquiere desde luego un caráter de nobleza, elevándose á la dignidad de la virtud, y haciéndose el cumplimiento de un deber se convierte en un tributo prestado al bien general.

El trabajo es por sí mismo una educacion muy saludable porque es una especie de gimnástica que nos acostumbra á marchar dócilmente por el camino que nos ha trazado el Criador, y á reconocernos por instrumentos de la voluntad divina. Hay en el trabajo un misterio moral, profundo y grave, contemplándolo únicamente bajo el aspecto individual, como medio de la educacion fundamental é indispensable de cada uno. Cautiva los sentidos, los subordina á un régimen saludable, los llama á sus justas funciones, enseñándoles que no son tan solo instrumentos de goces, sino principalmente órganos de accion y de producciones útiles; apaga las tempestades del corazon, disipa las ilusiones, aleja los desvaríos; conduce al espectáculo de las realidades, rodea de diques protectores con que aprisiona los vagos deseos, cuya impetuosidad desordenada no puede prevenir la razon, auxiliándola por este medio para conservar la paz interior, la moderacion, el equilibrio de las facultades y la salud del alma, haciéndose el refugio de la debilidad y el remedio del ocio y de la molicie. El trabajo es la escuela de la resignacion, donde aprende el hombre su dependencia y lo que debe á los demas. Corrige y castiga su vanidad y es el largo y continuo comentario de la verdad capital, que define la vida humana una gran prueba y una alta preparacion, Siendo el tra-

LECCION XXIII.

DE LOS ENEMIGOS.

Diógenes ad salutem hominibus opus esse dicebet, aut fidis amicis, aut acribus mimicis eo quod illi monent, hi redarguunt La Laert.

Decia Diógenes, que necesitaban los hombres para su seguridad de amigos fieles ó de enemigos ardientes, porque aquellos amonestan y estos reprenden.

Acerbi mimici præstant amicis dulcibus; illi verum sæpe dicunt; hi numquam. Cicer.

Los enemigos severos son mas útiles que los amigos indulgentes; los unos dicen muchas veces la verdad, los otros nunca.

No solo es bueno, sino que suele ser necesario tener enemigos. Nadie está obligado á ser enemigo de otro; mas podemos vernos en el caso de tener adversarios que susciten con frecuencia la lucha de los intereses privados, y tambien por desgracia la defensa de la verdad y de la justicia que muchas veces hace enemigos implacables. Los perseguidores jamás perdonan á los que les niegan su aprobacion ó no se prestan á ser instrumentos suyos : así no hay medio para librarse de su venganza. No bastan para defenderse la imparcialidad y la moderacion, que concitan el ódio de los que están domi-

nados por las pasiones: la violencia, que oprime, se irrita contra la moderacion que la condena. Es imposible ser sincero sin lastimar algunas vanidades, justo sin ofender algunas pretensiones, y generoso sin hacer el proceso del egoismo.

Aunque el trato con los enemigos no es agradable, puede ser útil, porque sirve para corregir las complacencias escesivas de los amigos, para estar prevenidos contra las seducciones del amor propio y conducirnos al conocimiento de nosotros mismos. De los amigos sabemos nuestras buenas cualidades y de los enemigos nuestros defectos; y aunque los tachemos de parcialidad ó exageracion tenemos que reconocer algo verdadero en sus reproches. La observacion del enemigo escita nuestra vigilancia y nos obliga á ser rígidos consigo para evitar lo que pueda tener de justo su severa censura.

El temor de crearse enemigos hace incurrir en faltas graves y muy reprensibles y en bajezas vergonzosas. Se transige con el deber cuando su desempeño compromete á resistir á las pasiones ó á chocar con preocupaciones y errores, renunciando á la defensa de la verdad y la justicia, ó mirando con indiferencia la opresion del inocente. Se engañan, prometiéndose evadirse por medio de concesiones, porque cuanto mas se concede son mayores las exigencias. La debilidad y el egoismo tiemblan delante del poder y del orgullo, cuya tiranía debe resistirse con vigor y escarmentarse con severidad. Es justo el fallo de la opinion que condena la cobardía á la ignominia, porque conduce á la bajeza y al crímen: en efecto nadie es tan cruel como el cobarde. El miedo da una supremacía absoluta al

egoismo; destruye todos los resortes que pudieran contenerlo; rompe los vínculos afectuosos; yela el alma y disuelve la moralidad, ahogando en su principio el amor al bien y el imperio de sí: el que tiembla no sabe amar ni querer; en el seno del espanto no puede concebirse la imágen de la virtud, ni producir sentimientos generosos la cobardía: el terror solo espresa ideas erróneas, y no puede suministrar las nociones del deber ni inspirar pensamientos útiles ni resoluciones laudables.

Aunque la enemistad mas injusta causa siempre algun daño en la opinion, no debemos apoyarnos en ella, haciendo el sacrificio de sobreponernos al juicio de los demas, buscando y encontrando en el testimonio de nuestra conciencia el verdadero secreto de la tranquilidad y de la fuerza.

LECCION XXIV.

EDUCACION LITERARIA.

EL PURISMO.

Insani sapiens nomen ferat æquus inique
ultra quam satis est virtutum si petat ipsam.

HORAT. EPIST. 6 LIB. 1.º V. 15.

Hablando el satírico Romano de esta especie de hombres, decia: «La misma virtud no debe buscarse con inquieto apresuramiento, pues el hombre mas sabio y equitativo se tendría por irracional é injusto.»

La falsa delicadeza del purista se remonta sobre el buen gusto, y criticándolo todo, nada produce. Es preciso combatir este prurito corrosivo. que procede de envidia, sentimiento ruin, contrario á los miramientos que exige el trato social; y por que espanta y contiene el vuelo del genio é impide su desarrollo, progresos y perfeccion.

No puede atribuirse ningun mérito esta supersticiosa delicadeza, por que su esencia es la inaccion, y solo se propone perseguir el talento, empleando todos los artificios de la malignidad y de la astucia. Destruye el fin laudable de la crítica con las mismas armas, destinadas para su desempeño, y pervierte el gusto bajo la apariencia de protegerlo.

Al oir los fallos doctorales de estos puristas descontentadizos, se creeria que eran diputados de aquella ciudad célebre, donde, segun refiere Ciceron

era tan general y perfecto el conocimiento de las bellezas de la elocuencia, que decian públicamente sus habitantes, que jamas habian oido un verdadero orador: tal sublimidad suponian en este arte maravilloso.

Los que adolecen de este prurito virulento, lo llevan tan lejos, que jamas elogian, ni aprueban; y así es necesario renunciar á su voto favorable ó arrancarlo por sorpresa. El privilegio de su oficio es la libertad ilimitada de pensar á su gusto, y solo tributan sus homenages á lo que se figuran sublime, de que encuentran muy raros ejemplos. Ciencias, artes, costumbres, todo les parece que ha llegado á la mayor decadencia. Hasta en los pasages mas hermosos de los clásicos descubren lunares, y el brillo de grandes bellezas no escusa en su tribunal los mas pequeños defectos. Fiscales y jueces inexorables condenan, prescriben, infaman y ridiculizan todo lo que tiene la desgracia de no conformarse á su gusto. La ocupacion, el placer, y la gloria de estos espíritus, es inventar ó descubrir defectos; y si alguna vez aparentan alabar de buena fe su sencillez es artificio, y su candor, hipocresía. Fundan su orgullo no en el mérito de sus obras, si no en la felicidad de no haber publicado ninguna: por esto como no reconocen igualdad en el combate, no se hallan en el caso de defenderse, y se consideran invulnerables. El purismo es un vicio orgánico, y por consiguiente incorregible. Rernel espresa en estos versos el desprecio que merece el necio orgullo de estos miserables criticastros.

> Montrent ils au grand jour leurs frivolis remarques,
> [illegible] du fol orgueil de ces faux Aristarques.

LECCION XXV

LA SUPERSTICION.

La supersticion es mas funesta que la incredulidad, porque bajo el pretesto de honrar á Dios lo ultraja, y cubierta con el velo de la religion la trastorna. Esto escribia el sabio y virtuoso Serrai, obispo de Potencia en Nápoles el año de 1769 en su obra *De claris catechistis.*

Supersticion es un error del espíritu, que cree honrar y hacerse propicia la divinidad por medio de prácticas sin mérito y de ofrendas sin valor.

Hija de la imaginacion derrama sobre todos los objetos de que se apodera sus encantadoras ilusiones, y bosqueja en el mismo seno las brillantes imposturas de la mitologia pagana. Ya ingeniosa y caritativa en las enfermedades pretende suplir á los remedios del arte; ya fecunda y pródiga abre las entrañas de la tierra para estraer las mas ricas producciones; unas veces mágica en sus transportes crea los mas lisonjeros fantasmas y las quimeras mas seductoras; otras, difícil y severa, ordena privaciones incómodas, prácticas penosas y fatigantes puerilidades. No obstante los rigores que impone hacen mas agradable su imperio; las violencias que exije tienen mas encantos que los goces de la inde-

pendencia; sus fórmulas llevan la hermosa marca del genio; los cilicios con que se mortifica, y las cadenas con que se oprime, son mas lijeras y suaves que las guirnaldas de flores con que se adorna el deleite; y para hacer sus votos y sacrificios tan eficaces y meritorios, como son dulces, solo le falta atribuirles una virtud celestial y darles un objeto menos humano.

LECCION XXVI.

EL FANATISMO.

Cuando el hombre está agitado por el fanatismo no raciocina ni ve nada. *Carta del papa Ganganeli á Cevati.*

El fanatismo es un estravío del alma, que emprende vengar y apaciguar á Dios por actos furiosos y sacrificios bárbaros. Cualquiera que sea el objeto y el pretesto, con que pretenda cohonestarse, siempre es un crímen de lesa humanidad. Sombrío y feroz su aspecto solo espanta: los puñales y las teas incendiarias con que se arma, hacen estremecerse á la naturaleza: sus trofeos son ruinas, sus bebidas ponzoñosas, su cama hogueras, sus cantos los ahullidos de las fieras; y para hacer que triunfe el infierno lo coloca en el corazon. Este mónstruo no hace sus conquistas á la luz del dia: necesita subterráneos, espectros, un maestro y un discípulo. Semejante á la pólvora al inflamarse se disipa en humo con un pequeño ruido; mas cuando está comprimido en un corto espacio y estrechado por los obstáculos, derriba y lanza á lo lejos masas enormes. Para producir el fanatismo sus terribles detonaciones necesita ser agitado en el alma, y entonces, si llega á incendiarse, arrastra en su esplosion los cuerpos inertes que le rodean, hace instrumentos suyos á cuanto encuentra, y la irrupcion de todo un pueblo es el impulso de un solo brazo.

LECCION XXVII.

NECESIDAD DE LA ASOCIACION DE LA JUVENTUD AL EJERCICIO DE LA BENEFICENCIA MUNICIPAL.

A todas las ocupaciones de la industria privada se asocia la cooperacion de la juventud: su actividad y celo están llamados, como auxiliares natos, á participar del trabajo. Esta florida edad exige la educacion práctica, que suministra un plantel de operarios para los diferentes oficios de la sociedad, en que tambien pueden y deben formarse los neófitos en la interesante y noble carrera de la beneficencia.

Son muy pocos los que tienen el dichoso privilegio de poder consagrarse enteramente á este piadoso ejercicio: los de edad provecta no pueden prescindir del cumplimiento de imperiosos deberes, ni desatender los cuidados domésticos: su esperiencia los hace aptos para aconsejar y dirigir; mas están impedidos para ocuparse de los pormenores, así como para ejecutar por sí mismos lo que han concebido. Necesitan de ayudantes jóvenes, que esploren el vasto y variado campo de los infortunios humanos, y desempeñando el oficio de mensajeros de la carida evangélica, distribuyan oportunamente socorros á la verdadera indigencia,

En la juventud se halla el ardor, que nada detie-

ne; la prontitud, que aprovecha el momento favorable, y la virtud, que inventa con facilidad toda clase de recursos. Con estos auxiliares se reanimará el fuego sagrado de la caridad, se reunirán mayores fuerzas, será mas pronta su aplicacion, y los ancianos administradores se verán en cierto modo rejuvenecidos. Siendo discípulos y herederos de las virtudes que les enseñen con su ejemplo para que les sucedan en este santo ministerio, los mirarán como hijos, cuya adopcion se inscribirá en los registros del cielo. Presentar á la juventud la carrera de una beneficencia activa, es iniciarla en una piedad ilustrada y profunda, y en la práctica de las demas virtudes.

No conviene aplicar la juventud al ejercicio de la beneficencia privada, porque en razon de ser muy limitada la esfera de sus facultades, no le es posible distribuir individualmente á la indigencia recursos pecuniarios, y solo podria hacer tentativas aisladas. Por esto es del mayor interés asociar la juventud á la administracion pública, para que le preste los activos servicios que forman la rama mas importante de la beneficencia; y porque desempeñando el doble oficio de órganos y ministros, servirian los jóvenes de vehículo entre los que dan y los que reciben, y serian conducidos por las luces que ha facilitado la esperiencia á los consumados en este grande arte. Los que no han tenido la ventaja de recibir la educacion severa é instructiva de la desgracia, aprenderán á conocerla, mezclándose con la clase desheredada de los bienes de fortuna, y uniéndose por los vínculos de una generosa simpatía.

El gobierno ha establecido escuelas para la ins-

truccion primaria, artística y científica; pero falta la gran escuela social y cristiana, mas necesaria y fecunda en luces positivas de economía, de moralidad y de religion, donde aprenda la juventud á consolar á la desgracia y ha hacer el verdadero estudio de los destinos humanos. Las juntas de beneficencia adolecen generalmente de cierta languidez, que paraliza el ejercicio de sus funciones, y la cooperacion de la juventud daria nueva vida á esta institucion. El genio de la beneficencia requiere juventud de corazon, viveza y entusiasmo. Ofrece al mismo tiempo la ventaja de poner á los jóvenes en relaciones inmediatas y frecuentes con las personas respetables que dirigen los establecimientos de beneficencia, y este comercio ilustrará su razon, elevará su alma, dará gravedad á sus costumbres, alejándolos de peligrosas ó fútiles distracciones, y los ejemplos de que fueron testigos escitarán una santa emulacion y les inspirará el amor á la práctica de la virtud.

En esta escuela esperimental encontrarán los jóvenes lo que no han observado ni aprendido bien en ningun libro; verán por sí mismo las innumerables y profundas miserias ocultas bajo el manto brillante que, al parecer, desplega el mundo á las miradas superficiales; comprenderán los designios de la Providencia, que quiso fuese una laboriosa peregrinacion el tránsito del hombre por la tierra; descubrirán hasta donde llegan las angustias del dolor, los auxilios que prometen la virtud y la religion contra los arrebatos desesperados, y cuál es en esta terrible crísis la impotencia y la esterilidad de los recursos que no se derivan de esta fuente; admirarán en estas interesantes escenas cómo se

ejercen la resignacion y la paciencia en el abandono y la oscuridad; reconocerán bajo los andrajos de la miseria virtudes mas verdaderas, espontáneas y difíciles que las celebradas por los elogios del mundo; penetrarán los secretos del corazon humano y las verdades morales, ignoradas por los filósofos especulativos; y se convencerán por sí mismos del término funesto á que arastran los desórdenes del vicio, y los males que producen la ociosidad y los falsos placeres.

La regla fundamental para que no se confundan los oficios de los directores y de sus ayudantes, consiste en que la direccion y las resoluciones estén reservadas á los primeros, y los segundos, distribuidos en diferentes cargos, sean solamente instrumentos de ejecucion. Los novicios comenzarán por ver qué es lo primero en todas las cosas, porque los hechos son elementos de la ciencia; despues se ocuparán de las investigaciones que necesiten las juntas de beneficencia, y de recoger los informes, asegurándose de su certeza: y luego pasarán á ejercer la vigilancia de los detalles para enterarse si se ha cumplido lo prescrito, y principiarán á obrar ó á participar por lo menos de la accion. En las visitas que hagan los encargados de la administracion, se acompañarán de estos auxiliares, para enseñarles con su ejemplo el arte difícil de observar bien: y asi como la terapéutica forma sus mas hábiles discípulos á la cabecera de los enfermos, del mismo modo puede establecerse una especie de clínica para la beneficencia.

Por este medio se conseguirá añadir á las lecciones de la esperiencia el ardor del celo, y la juventud recibirá la interesante educacion que dá á conocer

la triste série de las miserias humanas, y los recursos que deben emplearse para su remedio. Penetrando en los talleres y en las chozas, examinarán los pormenores de la industria y hechos preciosos sobre la educacion de la infancia, y los relativos á la higiene y á las enfermedades ordinarias de los pobres. En el trato con las diferentes clases de la sociedad observarán los hombres y las costumbres, estudiarán los caractéres, y aprenderán el arte de persuadir y de ejercer una influencia útil y honrosa. Su alma adquirirá hábitos de una sensibilidad purificada, y su espíritu se iluminará por las santas inspiraciones de la virtud, pues los grandes conceptos nacen de elevados y nobles sentimientos. Si fuesen llamados á la carrera pública, hallarán en sus recuerdos útiles instrucciones, que podrán aprovechar en el desempeño de los encargos que se les confien ó en las discusiones de los grandes proyectos legislativos.

Los padres virtuosos servirán á sus hijos de guia y de apoyo en la ruta generosa de la beneficencia, y contemplando en ellos el reflejo de los pensamientos que reanimaron su vida, se complacerán al ver desarrollarse la adolescencia de la caridad, y brillar en su semblante la celestial alegría que produce la práctica de buenas acciones. ¡Qué espectáculo hay mas encantador que el de la divina caridad, mostrándose á la tierra con las formas de la juventud! Cuando se presenta un jóven enmedio de una [illegible] afligida, todos se le acercan, y lo mi[illegible] [illegible] mensajero de amor, de paz y de con[illegible] [illegible] desgraciado es el protector, que [illegible] despues su apoyo y su guia en todas las épocas de su vida.

Habrá muchos que califiquen de vanas teorías lo que no han visto ejecutar, y desalentados por el espectáculo del mundo en que viven, miran como sueños estos proyectos de bien público; pero la notoriedad de los hechos desmiente y refuta este fatal escepticismo. Una generosa emulacion se ha desarrollado en la juventud de las naciones mas cultas de Europa, y se han establecido sociedades de uno y otro sexo para educar y vestir á los huérfanos, visitar los hospitales y los hospicios, y ejercer la beneficencia domiciliaria. Imitemos estos ejemplos: siempre es honrosa la imitacion, cuando tiene por objeto la emulacion del bien. Abrase á la juventud el templo en que reside la caridad, para que consuele y alivie las miserias humanas: en su corazon tendrá eco la voz del infortunio, que implora los beneficios de la piedad, y de su mano recibirá un generoso apoyo: asi se elevará la juventud al digno ministerio que adopta y socorre á la desgracia, y aproximando este sentimiento sagrado todas las edades y condiciones, formará una cadena con que abrace á la humanidad.

LECCION XXVIII.

DE LA BONDAD.

Beati qui bóni nascuntur. AULI. GELI.
Dichosos los que han nacido buenos.

La bondad, primera disposicion y requisito indispensable para la virtud, es una tendencia activa y habitual á hacer bien y á evitar el mal. Hija del

cielo, es el origen y el alma de todas las virtudes de asistencia y consuelo, el rasgo principal de la moralidad del hombre y la cualidad sublime que lo asemeja al Criador de la naturaleza. La bondad no es un sentimiento frio y estéril: esencialmente difusiva y enérgica, estiende su influencia vivificante á todo lo que la rodea, y en cuanto ejecuta demuestra sensibilidad de alma, delicadeza de espíritu y generosidad de carácter. Como la Providencia ha colocado la fuente de agua viva y pura en medio de terrenos fangosos ó áridos, ha inspirado la bondad á las almas sensibles para que sirviera de bálsamo á las dolencias humanas. La bondad, sin duda, el primer deber, una necesidad moral, el título mas noble y el distintivo mas honroso del hombre, el remedio mas eficaz de sus privaciones y penas, su mas dulce y segura recompensa y una fruicion casi divina que le hace gustar anticipadamente los deleites que le están destinados en otra mejor vida.

No debe confundirse la bondad con la amabilidad afectada de la civilizacion moderna, que es una flor artificial, árida y engañosa; ni tampoco con la bondad oratoria de los declamadores, cuyos bellos y estudiados discursos están en contradiccion con sus obras: la verdadera bondad nace del carácter y de la educacion, se muestra en las acciones y jamás se desmiente. Cuando es ilustrada tiene un tacto fino y una prevision sentimental, que no se estravia ni equivoca en las conveniencias del presente, ni en las precauciones y preparativos que exige el porvenir.

El primer sentimiento de la bondad es la *compasion*, beneficio del dolor, porque es el recuerdo del que se ha sufrido y el consuelo del que se partici-

pa: padecimiento dulce y triste á la vez, que escita la sensibilidad moral, hace palpitar el corazon, enciende los deseos de la humanidad, humedece los ojos y anima las miradas benéficas que busca el desgraciado, y le suavizan sus penas; porque, participando de las que deseamos mitigar, consolamos á los que las padecen. Desprecia la desgracia el que no sabe compadecerla: es repugnante ó indiferente, cuando no enternece: huye de ella el que no quiere dulcificarla. El hombre compasivo mira al desgraciado como una cosa sagrada, lo respeta antes de socorrerlo, y despues que lo ha consolado con beneficios, lo honra con sus palabras y miramientos.

El ejercicio de la bondad se llama *beneficencia*. Los griegos, que personificaban todos los objetos útiles, representaron la beneficencia bajo la alegoria de las *Gracias*, que suponian ser tres doncellas hermanas; y las pintaban jóvenes, risueñas y vestidas con trajes sueltos y trasparentes, y asidas de las manos en actitud de dar vueltas La virginidad indica que los beneficios son puros y respetables: la juventud, que la memoria de los beneficios debe ser inmarcesible: la soltura del vestido sin cinturon, que los beneficios no encadenan: la sonrisa es la espresion de los que dan y reciben los beneficios: la fraternidad y enlace de las *Gracias* designan la reciprocidad y correspondencia de los sentimientos y deberes de la beneficencia y de la gratitud: el número de tres manifiesta que una dispensa el beneficio, que otra lo recibe y que la última lo devuelve; y su baile circular significa que por mas que el beneficio pase de mano en mano, siempre retorna al bienhechor.

La beneficencia es una virtud desinteresada, que no se propone ganancias, y por un desprendimiento gratuito y generoso anticipa sus fondos para socorrer las necesidades de la humanidad. Cuando se los devuelven, los recibe como una ganancia legítima y honrosa, y si no hay retribucion, no cree haber perdido, porque no piensa en sus beneficios á no ser que se los recuerde el reconocimiento. Por esto no se ha mirado nunca la ingratitud como delito, porque los beneficios no son préstamos, sino puras donaciones hechas por generosidad, dejando la correspondencia á discrecion del que las recibe: ni tendria mérito el reconocimiento si no fuera voluntaria la gratitud. El que quiera ser verdadero propietario de sus bienes, que los dé á personas beneméritas: este es el empleo mas seguro y la especulacion mas lucrativa y honrosa. Mientras poseemos los bienes tienen nombres comunes y aun abyectos; pero cuando los damos reciben el nombre distinguido de beneficios. Son puros y gratos, si tienen el carácter de la sensibilidad, ó por lo menos de la dulzura; cuando el bienhechor no abruma con el desden orgulloso de la superioridad, y como que se nivela para no dejar ver mas que su benevolencia, aparentando congratularse por haber encontrado ocasion favorable de cumplir un deber sagrado mas bien que socorrer una necesidad.

Hasta lo animales son sensibles á los beneficios que se les hacen; por cuyo medio se consigue domesticar, y aun hacer cariñosos á los mas ariscos. Tan poderosa es la accion de la beneficencia, que vence y conquista á los seres privados de inteligencia y de moralidad. La continuacion triunfa de todas las resistencias: si se olvida el primer bene-

ficio, hará impresion mas profunda el segundo, y cuando hayan sido ineficaces los dos, se recordará el tercero, el cuarto ó el quinto. Se malogran los benefi ios porque quieren ver al momento sus efectos. Repitiendo y acumulando los beneficios, se obtiene al cabo el reconocimiento de los corazones mas ingratos é insensibles.

El mérito principal de la beneficencia consiste en anticiparse á la peticion, porque el pedir cuesta embarazo y vergüenza á las personas pundonorosas, y se duplica ó realza el beneficio, ahorrándoles esta violencia. No se agradece ó se reconoce friamente lo que se recibe á fuerza de peticiones; y con razon se ha dicho que nada es mas caro que lo que solo cuesta súplicas. Así vemos que los servicios dispensados por fuerza, por vanidad ó por miras interesadas, se reciben mal, y desde que se hacen están perdidos. El manejo del bienhechor forma los ingratos, porque ahoga el reconocimiento en el mismo acto de hacer el beneficio. Ordinariamente no se accede á la primera peticion; se frunce el entrecejo; se alegan pretestos para eludirla; y cuando se cede á fuerza de instancias se hace de mala gana ó lo mas tarde posible, desconociendo que cuanto se añade á la dilacion se cercena al reconocimiento. Por esto no debe estrañarse que se olviden generalmente los beneficios, porque no son concedidos, sino arrancados, como el mendrugo que se da por compromiso á un hambbiento importuno.

Cuando se pide una cosa perjudicial es un acto de beneficencia rehusarla, como se hace con el hidrópico que pide agua, con el colérico que grita por las armas, y con el arrebatado que clama por el objeto de su pasion. La condescendencia seria

tan dañosa entonces como el odio de un enemigo.

El carácter del beneficio no lo constituye el resultado de la accion, sino el intento que se propone el que la ejecuta, porque nadie agradece el bien que le produce una accion que tuvo por objeto hacerle daño. Un asesino pagado para matar á un tirano erró el golpe, y le tajó un tumor que los médicos no se habian atrevido á cortarle. El bien fue casual, pero la injuria meditada, y el tirano juzgó con buena lógica del mérito de este beneficio.

Los impulsos mas generosos del corazon no son honestos, si la moderacion no los contiene en los límites marcados por la virtud. No es general la conveniencia, ni tampoco indefinido y arbitrario el ejercicio de la beneficencia; y para que conserve su carácter y no degenere por defecto ó esceso, es preciso tener en consideracion la persona, el objeto, el tiempo, el motivo y las demas circunstancias que constituyen el beneficio. El que se dispensa á todos indistintamente, á ninguno obliga, porque el mérito nace de la conveniencia, la cual consiste en la debida aplicacion y en la justa medida; por esto el mas sabio de la antigüedad dijo, que los *pródigos convertian las Gracias en prostitutas.*

Se cree generalmente que el recibir es mucho mas fácil que el hacer un beneficio; pero, limitada esta cuestion á las personas pundonorosas, el dar es mas fácil, porque se cede sin violencia al impulso de una sensibilidad generosa, y el recibir es mas difícil, porque impone deberes delicados y cuidados continuos para usar de lo recibido, manifestar el agradecimiento, cumplir las obligaciones de la correspondencia. Para admitir los beneficios, debemos

decidirnos por los consejos de la razon, que no solamente nos enseña las maneras de dar, sino tambien las de recibir. Para recibir un beneficio sin degradarse, debe observarse este precepto : aceptemos los beneficios de personas á quien no tendriamos reparo en dispensarlos. Es agradable y aun honroso recibirlos cuando los concede una noble generosidad, al paso que es humillante y penoso quedar obligado á pesar suyo.

No debemos apresurarnos á pagar el beneficio que hayamos recibido, porque daríamos á entender que el bienhechor es un especulador interesado y codicioso. La justicia y la gratitud prescriben que no se comprometa al bienhechor á que acepte la devolucion de sus dones, que son un crédito reintegrable á su voluntad.

No es fácil decidir qué es mas indecoroso, reclamar ó desconocer un beneficio.

Las leyes de la beneficencia obligan á no recordarlo, y mucho menos no echarlo en cara, pues debe olvidarse desde luego por el que lo concede, y jamas por el que lo recibe: exigiendo el reconocimiento se procede como el que cobra un débito por demanda ejecutiva, y se pervertirian las mas nobles virtudes de la humanidad, la beneficencia y la gratitud. El cacarear los beneficios es una fanfarronada de mezquina fatuidad, que degrada y ridiculiza el carácter de bienhechor. A uno que adolecia de esta miserable y vergonzosa flaqueza, le dijo el obligado: «me has eximido de la retribucion de tus beneficios, porque me los has cobrado en todas partes donde los has ido publicando.» Sin embargo, los que se resienten de que se hable de los beneficios que han recibido, dan sospechas de ser orgullosos,

ngratos é injustos. Pero serán todo esto á lo vez si desconocen los beneficios, cuya insolvencia es culpable en razon de no necesitarse de fondos para satisfacer este crédito, porque basta manifestar el deseo, pues el pago del beneficio es su reconocimiento. El valor del beneficio y la correspondencia de la gratitud son problema que cada cual resuelve segun las sugestiones del samor propio, y por esto son tan comunes las exageraciones, los resentimientos, las quejas y aun las acriminaciones entre el obligado y el bienhechor.

No adulteremos la pureza de los beneficios, ni acibaremos su natural dulzura. Nadie puede ser dichoso si no se ocupa en el bien de los demas. El egoismo es un síntoma de insensibilidad, la ponzoña de la vida y la muerte del alma. Al contrario, la beneficencia escita y anima todas nuestras facultades, acredita y realza la dignidad de nuestro ser, y nos proporciona los verdaderos bienes. Es menester ser siempre buenos, siempre mas, siempre mejor: la bondad, aunque no se adquiere, se aumenta, se purifica y perfecciona.

LECCION XXIX.

DEL MERITO DE LOS JUICIOS HUMANOS.

Los que juzgan son muy pocos;
Y muchos los que murmuran.

ESQUILACHE.

En nuestro siglo ilustrado, hasta los mas ignorantes hablan magistralmente todas materias. En vano se les negaria este pretendido derecho, pues todos están persuadidos que, para juzgar de cual quier cosa, bastan las facultades que nos ha concedido la naturaleza, desconociendo que para eajererlas con acierto, es indispensable que el arte las perfeccione. Y si no ¿de qué sirve el pincel en una mano inhábil? ¿Qué daño no puede hacer un cuchillo en la de un niño? La razon y la esperiencia nos enseñan que los instrumentos, que no hemos aprendido á manejar, son perjudiciales ó inútiles, y el juicio es el mas delicado y difícil. Sin embargo, todos creen que tienen las luces suficientes para conocer lo bueno, justo, noble, elevado; y lo bajo, inicuo, diforme, malo y ridículo. Un zapatero critica las órdenes del gobierno, un revendedor las leyes fundamentales, un subteniente las órdenes de su general, un alguacil las providencias de los magis-

trados, y un fatuo á los hombres eminentes. Por todas partes encontramos esta especie de críticos; y entre tantos, ¿habrá muchos que hayan aprendido lo que se requiere para juzgar bien de una cosa, de una persona y de una accion cualquiera? Ordinariamente se juzga por las meras impresiones de los sentidos, por preocupaciones y hábitos ciegos, por pasiones, por sugestiones de malignidad ó de egoismo, por ilusiones ó resentimientos del amor propio, por prevenciones ó compromisos de partido, por rumores ó testigos recusables, por reglas viciosas, por máximas falsas ó mal aplicadas, por imitacion y por apariencias engañosas ó analogías imperfectas. El ignorante ve claras cosas que los sabios encuentran muy oscuras: corta sin reparo dificultades indisolubles, y se admira de que no juzgue lo mismo todo el mundo; al paso que no comprende innumerables cuestiones que resuelve fácilmente el hombre ilustrado. Los espíritus limitados no ven los objetos que se hallan fuera de su corto alcance; y nada perciben cuando observan con una mirada objetos complicados. Los que tratan de los sensibles, desconocen los intelectuales; y los que están entregados á meditaciones abstractas, son malos jueces en lo relativo al sentimiento. Unos juzgan solo con la autoridad del rango ó con las pretensiones del orgullo; otros no han aprendido mas que cierto número de sentencias escogidas, de frases favoritas, de agudezas y chistes, que aplican á todo; algunos, porque juzgan de lo que conocen, dan tambien su voto decisivo sobre lo que no entienden; otros hablan porque han estado forzados á callar; muchos están acosados por el prurito de la maledicencia ó por el corrosivo de la envidia; otros hablan porque

son charlatanes de profesion; y el mayor número repite lo que ha oido á los demas.

Pero prescindo de todas clases de malos jueces y me limito ahora á las personas ilustradas, sensatas é imparciales, igualmente prevenidas contra las propias flaquezas y contra la ignorancia y perversidad agena, que se han impuesto la ley de no juzgar de ninguna persona por informes de otro, sino por sus acciones. No puede negarse que siguen una máxima escelente; mas ¿pueden estar seguros de no engañarse? Y supuesto que vean por sí mismos las acciones de los demas, y que las examinen escrupulosamente y sin interposicion de influencia estraña, ¿tendrán certeza de que no han omitido ninguna observacion esencial, de haber considerado las cosas bajo su verdadero aspecto é invertido el tiempo necesario para su exámen, y finalmente de no hallarse obcecados, deslumbrados, ni prevenidos? ¿Hay alguno que tenga la penetracion y la imparcialidad de Dios? Pero todos somos hombres y estamos sujetos á debilidad y error, en que á cada paso nos hacen incurrir, ya la limitacion de nuestra inteligencia, ya los hábitos viciosos de la educacion, ya la seduccion de los ejemplos, ya las pasiones, ya el amor propio, ya otras muchas causas que nos hacen ver los objetos con una luz falsa ó con impropios coloridos. No somos imparciales con los que profesan otras opiniones, ni con nuestros rivales, ni con los talentos superiores, principalmente si son nuestros inferiores ó iguales. Pero supongamos luces y rectitud en el espíritu, ¿cuántos y qué profundos conocimientos no se requieren para resolver el mas sencillo problema moral y político, no en la vaguedad de las abstracciones, sino

en su aplicacion á circunstancias determinadas? ¿Con qué cuidado no es preciso examinar y pesar todas las condiciones de una accion antes de juzgar de su bondad moral? Y aun despues de haber observado á muchos individuos, y examinado sus propiedades y diferencias, ¿qué no es menester para descubrir los principios ocultos de sus acciones? Mas concedamos que se adivinen los motivos, ¿quién estará seguro de conocer los verdaderos resortes, de penetrar los misterios, y de conciliar las contradicciones del corazon humano?

Pero la causa principal que generalmente falsifica nuestros juicios es el amor propio. Este se disgusta, resiente é irrita cuando está forzado á reconocer el mérito y la superioridad agena, porque se cree humillado y ofendido. Por esto miramos siempre de realce los defectos de los demas, y rebajamos todo lo posible sus buenas cualidades. La envidia se complace en destruir lo que la deprime á sus propios ojos. El ateniense, que votó el destierro de Arístides, no dió otra razon de haberlo hecho que el sobrenombre de *Justo* que habia merecido. Este es el origen del placer que sienten las clases inferiores al saber las desgracias de las personas elevadas.

Sin embargo, la tintura de injusticia que toman ordinariamente los juicios humanos, no procede siempre de perversidad real, sino de la imposibilidad de juzgar de otra manera. El hombre atribuye comunmente las acciones de los demas á causas innobles é interesadas; y pocos creen que se obra por pura bondad. Hay en la especie humana una repugnancia á creer que existe la virtud en todos los casos particulares; lo cual procede de la necesidad que nos ha impuesto la naturaleza de juzgar

de los demas por lo que pasa en nosotros mismos. Es muy difícil que lleguemos á concebir perfecciones cuyo tipo no se halla en nosotros; y sí formamos estas ideas, son siempre indefinidas y vacilantes.

El sentido verdadero de nuestras censuras puede reducirse á decir: que la persona que criticamos, ha juzgado mal, no tomándonos por modelo. En efecto, aprobando sus acciones, nos condenariamos á nosotros mismos; y en la disyuntiva de que uno de los dos tenga razon, ¿qué cosa mas natural que dársela uno á sí mismo? Sucede tambien que, cuando se presenta una accion bajo dos aspectos contrarios ó diferentes, nos decidimos desde luego por el peor, aunque sea el menos caracterizado y probable. Para esplicar esta inconsecuencia, sin inculpar de malicia al corazon humano, han supuesto que la disposicion general á mirar las acciones de otro con una prevencion desfavorable, es hija de la esperiencia, y que la hemos adquirido á fuerza de desengaños. Dicen que todo se cohonesta con nombres decorosos: que la urbanidad es una amabilidad afectada, y la amistad un refinado egoismo: que la hipocresía se cubre con el manto de la piedad, la estravagancia intelectual y el libertinaje con la investidura de la filosofía, y el fanatismo con la máscara del celo. No puede negarse esta triste verdad; ¿pero cuántas son las víctimas de esta especie de juicios, dictados por resentimientos, por prevenciones, por recelos, por la malignidad, ó formados por conjeturas aventuradas ó aplicaciones gratuitas?

Seria interminable referir las injusticias que sufren los individuos, y aun cada clase, principalmente las elevadas, de los juicios de la sociedad. Cuan-

to mas alta es la posicion de un hombre, mas espuesto se halla á la observacion del público, y mas seguro debe estar de no recibir justicia, indulgencia, ni disculpa. Todos los ojos se clavan en él para notar sus defectos; y desgraciado si, como Alcibiades, no es bastante prudente, para cometer de tiempo en tiempo alguna falta voluntaria con que aplacar el genio de la calumnia. Por esto decia Xenofonte: qüe «en ninguna ciudad gozaria el hombre virtuoso del favor del pueblo;» y Platon, que «el verdadero sábio seria un objeto de escándalo, contra quien se conjurarian todos los demas.»

Con la misma impericia, ligereza y tono doctoral se falla sobre el mérito de las producciones literarias. El conocimiento de los libros supone hasta cierto punto el de las materias de que tratan. Es preciso saber el juicio que han formado los inteligentes, la utilidad que puede sacarse de su lectura, las circunstancias mas interesantes del autor, y cuál es la mejor de sus ediciones, de cuyos conocimientos necesita la crítica para ser ilustrada. Es muy corto el número de los peritos, si el libro es serio; y se estiende algo mas, si es divertido. Son pocos tambien los que saben leer, y menos los que tienen talento, ilustracion y gusto para percibir y apreciar él mérito de un escrito. Cuando se publica una obra, fruto de muchos años de meditaciones y esperiencias, interesante por la materia de que trata, y por la manera con que se desempeña, los mas se contentan con hojearla ó leerla superficialmente; y y sin haberla entendido, juzgan de su mérito con la misma temeridad y desvergüenza que un crítico mercenario. Esta clase de censores da el tono: el vulgo de aficionados repite lo que les óye decir, y

asi se introduce y generaliza la moda de alabar ciertas obras sin que ninguno pueda manifestar su verdadero mérito. De todos los apologistas muy pocos saben quién es el autor, ni lo que ha escrito; y de los que han leido sus obras, unos alaban lo que el autor suprimiria con gusto, algunos admiran un pensamiento absurdo que ellos se han figurado; otros equivocan lo serio con lo irónico; y á la inversa, los mas solo se fijan en máximas sueltas, en frases cortadas, en alusiones defectuosas ó en la conformidad casual de su propia esperiencia con una observacion del autor; y poquísimos son los que perciben las bellezas de detalle y el sistema de la obra, que, por poco elevada que sea, es superior á la comprension de la mayor parte de los lectores. Los grandes ingenios estuvieron convencidos de esto mismo, y creyeron siempre que el vulgo literario desconocia lo mejor y mas hermoso de sus obras. De aquí se duduce, que las censuras y elogios de un escrito, escluyendo un cortísimo número de jueces, deben oirse con la misma prevencion é indiferencia; pues tanto las unas como los otros, están dictados por la presuncion, la ligereza, la imitacion, la parcialidad y la impericia.

Estas observaciones hacen conocer la importancia que merecen los juicios particulares, poco interesantes para el hombre de bien, cuando está satisfecho de sí mismo por el testimonio de su conciencia, sin el cual nada valen los elogios del mundo. Es indudable que la alabanza es preferible á la censura; pero debe recibirse lo mismo, porque la esperiencia nos ha enseñado que se prodiga injustamente, por pasion, interés ó capricho. Asi vemos que rara vez se siente lo que se publica, ya

porque el corazon está en contradiccion con la boca, ya porque el elogio que hacemos de otro es un ardid para alabarnos á nosotros mismos, ya porque se emplea la adulacion como un medio de engaño y aun de perfidia, ya porque el reconocimiento de ciertas cualidades buenas supone imparcialidad en las acusaciones que se hagan bajo otros aspectos.

No puede pronunciar una justa censura el que no sabe tributar las alabanzas merecidas; y tanto uno como otro exigen un conjunto de cualidades que difícilmente llegan á reunirse. Por esta razon solo debemos procurar merecer la debida alabanza ó aprobacion, ora general, ora individual, por el único medio legítimo, que es el cumplimiento de nuestros deberes, sin pretender retribucion ni aun reconocimiento. El hombre de bien, fiel á sus sentimientos, fijo en sus principios, conducido por las inspiraciones de su conciencia, en paz con su corazon, corregido por las censuras de los hombres rectos, satisfecho y recompensado por la aprobacion de los ilustrados é imparciales, sigue su carrera sin incomodarse, ni hacer caso de ladridos ni murmuraciones; y contento con los placeres que procuran la verdad y la virtud, ama lo bueno, lo justo, lo útil y lo bello por sí mismos: ama á los hombres, porque tambien lo es; y aunque compadezca sus errores y se ria de sus desvarios, no acrimina sus defectos ni se burla de sus flaquezas, queriéndolos con el cariño que se tiene á una hermosura caprichosa ó á un niño pervertido. Por estas consideraciones no se queja, ni estraña si son aturdidos, presuntuosos, precipitados, inconstantes, desconfiados, envidiosos, estravagantes, ingratos é injustos, como han sido sus padres y lo serán sus hijos hasta el fin de los siglos.

LECCION XXX.

FILOSOFIA PRACTICA.

Ciceron llama á la filosofia el arte de vivir, y Séneca la regla de la vida.

Prescindo de la definicion elevada y fastuosa que se ha dado generalmente á la filosofía, y considerándola bajo el aspecto mas acomodado á nuestra debilidad y necesidades, tomo la parte mas noble por el todo, y doy el nombre de filosofía práctica al estudio y egercicio de la moral cristiana, ciencia la mas interesante y familiar, que ama la sabiduria, arregla las costumbres, refrena las pasiones, detesta el vicio y desdeña la frivolidad. Todos los sábios han reconocido la preeminencia de la moral práctica sobre las teorias filosóficas.

La Providencia, que ha dado á los animales el instinto en interés de su conservacion, ha dado tambien al hombre el sublime instinto de la virtud en interés de su felicidad; y concediéndole la razon y la libertad le ha ofrecido un guia bajo la forma del deber. Así que la moral es un elocuente testimonio, que demuestra la divinidad, y cuanto mas se conoce y ama la virtud mejor se comprende la Providencia.

Solo en la atmósfera de la virtud toman el placer y el bienestar el carácter de felicidad y el amor

de sí mismo reconoce y abraza su verdadera tendencia. Si la felicidad no es la misma virtud es por lo menos su aureola: anuncia su presencia como una encantadora promesa, y la sigue recibiéndola como su mas digna recompensa. La Providencia se ha complacido en hacer que la felicidad se derive de la virtud, así como ha dado el brillo á la luz, el perfume á las flores, el sabor á las frutas y formas atractívas á todas las cosas útiles. Indulgente y benéfica maestra del hombre ha querido llamar su atencion hácia el objeto mas digno de sus estudios, interesarlo para qne se procure los bienes mas preciosos por sí mismos, sostener sus esfuerzos, animar su debilidad; empeñarlo por los vínculos mas suaves para el cumplimiento de sus debnres y hacer que encuentre lo mas amable en lo mas necesario. El hombre de bien debe dar gracias á la Providencia, bendecirla y entrar en sus miras, aceptado la copa de la felicidad en el banquete de la virtud sin presumir demasiado de sí mismo.

Desde que los hombres hacen uso de su razon se ha clasificado la filosofía moral en dos sistemas fundamentales de que los demas no son mas que modificaciones. El uno, contemporáneo y cómplice de la decadencia de los imperios favorece el ejercicio ilimitado de la libertad; el otro, compañero inseparable de la prosperidad de los Estados la restringe. La teoría de entrambos sistemas se reduce á pocas máximas y preceptos. El uno dice, sigue tu placer; el otro, cumple tu deber. Este, inmolando los individuos á la masa, tiende decidida y fuertemente al órden; aquel relaja todos los vínculos sociales por el cuidado escesivo de los goces. Cuando el uno profesa que el sábio no debe tener patria, el otro or-

dena morir por ella. El primero enseña á gozar, ciencia vana: el segundo á sufrir, verdadero poder del hombre. Aquel conduce á Arístipo á la corte de Dionisio; este vuelve á Régulo á la cárcel de Cartago. El uno, llevando el sentimiento y las ideas de la circunferencia al centro, nos muestra en todas las cosas de la vida los objetos esternos como la fuente nuestros deseos y los medios de nuestra dicha: el otro, dirigiendo la sensibilidad y el pensamiento del centro á la circunferencia, solo nos revela deberes y el premio inefable de su cumplimiento.

El primero nos muestra la vida en un espejo engañoso como un estado de delicias, en que únicamente debemos gozar; el segundo presentándonos un cuadro mas fiel de las cosas de este mundo, nos enseña á acomodarnos con todo, porque no somos mas que imperfeccion y debilidad. Así el uno dispone constantemente al descontento y á la rebelion, y el otro á la tranquilidad y á la obediencia. Aquel, lisonjeando é irritando sin cesar nuestra impaciencia y deseos, acaba por hacernos como el sibarita, á quien lastimaba el doblez de la hoja de una rosa; este fortaleciendo nuestra alma, forma del hombre el justo, que no conmueve la mina del mundo. El uno dice orgullosamente, sed dichosos; el otro, mas verídico y menos fastuoso, se contenta con decirnos: ama á tus hermanos, sopórtalos, consuélalos, házlos bien, y no pongais entre vosotros barreras eternas por pequeños agravios. Poco conoce la naturaleza del hombre el que teme imponerle deberes muy severos, porque su violencia, aunque lo comprime, tambien lo lisonjea. Solo el hombre por su fuerza moral resiste igualmente al atractivo del placer y á la punta acerada del dolor.

Este es un atributo privilegiado de su naturaleza, que lo eleva sobre el resto de la creacion. Es hermoso contemplar al hombre, que impone un freno á la inconstancia de su voluntad y sabe darse una garantía contra la instabilidad de sus resoluciones.

Dense la enhorabuena los hombres hábiles por el arte ingenioso con que logran sorprender la confianza y conquistan la opinion; por cuyo medio obtienen los honores, el poder y las riquezas, dejando atrás á los hombres modestos y apacibles, que solo se ocupan de cumplir exactamente sus deberes. Pero cuando se observa con atencion la escena del mundo, se descubre que en realidad los sucesos, si no brillantes, por lo menos ciertos, sólidos y verdaderamente honrosos y apetecibles pertenecen á los hombres rectos, puros y consecuentes, que al cabo se reconocen y aprecian, colocándolos en el lugar distinguido que nadie puede arrebatarles.

FIN DE LAS LECCIONES.